

**ENRIQUE ALVEAR**  
**Y LA OPCION POR LOS POBRES**

**Reflexiones y testimonios**

## CONTENIDO

		<b>Pág.</b>
	<b>PRESENTACION</b>	<b>3</b>
	“Cristo me ha enviado a evangelizar a los pobres”	4
I	La opción preferencial por los pobres en la Iglesia latinoamericana. Segundo Galilea.	5
II	Algunas aplicaciones concretas de la opción preferencial por los Pobres. Sergio Torres.	12
III	La Pastoral Obrera y Poblacional de don Enrique. Monseñor Alfonso Baeza	20
IV	La Pastoral de Fronteras desde don Enrique, Cristián Precht Bañados	34
V	Las Comunidades Eclesiales de Base y don Enrique. Monseñor Carlos Camus	40
VI	TESTIMONIOS	
	▪ María Angeles Marinon	50
	▪ I. Gutiérrez	52
	▪ Máximo Pacheco	57
	▪ Alicia Sanhueza	60
	▪ Hugo Flores	61
	▪ Domingo Villegas	63
	▪ Alberto Jerez Horta	64
	▪ Claudio Di Girólamo	67
	▪ Fernando Castillo	69
	▪ Luisa Toledo	73
	▪ Mons. Jorge Hourton	75

## PRESENTACION

Para celebrar la *liberación* los judíos tenían, después de la Pascua, una fiesta prolongada que celebraba las cosechas – “del trigo y del vino” – (Deut. 16,13) durante siete días.

Nosotros también después de la Pascua de don Enrique, por segunda vez hemos celebrado durante otra semana la cosecha de los frutos que el Señor nos está dando con su recuerdo.

Con el recogimiento religioso, con alegría y riqueza de contenidos, esta *Segunda Semana* ha sido una fiesta del Espíritu. Celebramos la liberación que nos ha enseñado y practicado el Obispo Alvear. Liberación del egoísmo, del temor, del conformismo, de la rutina, del olvido de Dios, de la manipulación de su Evangelio y su sustitución por ídolos hechos por manos o ideas de hombres.

Con humildad presentamos este segundo volumen del legado de don Enrique, y esperamos que él lo bendiga desde su entrada en el reposo del Señor.

Jorge Hourton P.  
Obispo Auxiliar de Santiago  
Presidente Fundación  
Obispo Enrique Alvear U.

**“CRISTO ME HA ENVIADO A EVANGELIZAR A LOS POBRES”<sup>1</sup>**

*“De cada tres hombres que hay en el mundo, dos se duermen con hambre.*

*Es el lenguaje que habla la estadística.*

*EL hambre, la miseria, el abandono de los pobres; he ahí el gran pecado de la humanidad de hoy.*

*Es un pecado que clama al cielo.*

*Son los abandonados de los hombres; pero son los predilectos de Dios.*

*A ellos, a los pobres. El les prometió su gracia.*

*A ellos les dijo que serán felices.*

*Y Cristo fue enviado especialmente para ellos. Para evangelizarlos. Para comunicarles la Buena Noticia: El Padre los quiere. Los prefiere.*

*Pero ellos preguntan: ¿Y donde está Cristo? ¿Quién nos salvará? ¿Quién nos ama?*

*Hay un hombre, escogido por Dios de entre los hombres, enviado por Dios a los hombres: igual que Cristo. Para salvar a los que anhelan salvación. Para amar a los que más necesitan ser amados. Para evangelizar. Para dar a los pobres, la Buena Noticia.*

*En él está Cristo. El está lleno del mismo Espíritu que animó a Cristo.*

---

<sup>1</sup> De la homilía de don Enrique Alvear en el día de su Consagración Episcopal. Basílica de Lourdes, abril 21 de 1963.

*Cuando los pobres, en los campos y ciudades de Palestina andaban errantes, como hijos sin padres, Jesús se llenaba de compasión y se ponía a enseñarles, largas horas. Cuando los veía con hambre, multiplicaba el pan, visitaba, uno por uno, les imponía las manos, les devolvía la salud, les devolvía la fe, la alegría de vivir. Cuando pecaban, El sabía comprenderlos, los respetaba, los levantaba. Y muere por ellos, para que resuciten con El y le hagan compañía, junto al Padre, eternamente.*

*Maestro, Pastor, Sacerdote y Víctima: Padre que ama. Eso es Cristo y eso es el Obispo.*

*El Cristo que vive, hoy y aquí, en medio de los hombres.*

*El Cristo enviado para evangelizar a los Pobres”.*

## I

### LA OPCION PREFERENCIAL POR LOS POBRES EN LA IGLESIA LATINOAMERICANA

Segundo Galilea  
Teólogo pastoralista

La opción por los pobres, con todo lo que ello implica para la vida cristiana y para la misión de la Iglesia, se ha constituido en una de las experiencias dominantes del catolicismo latinoamericano. Como opción oficial de la Iglesia, se asume y se orienta en orden a la evangelización, al anuncio y realización del Reino de Dios. Así, esta opción queda como una dimensión integral e inseparable del quehacer pastoral de la Iglesia tanto en Chile como en el resto de América Latina.

El tema ya es un tópico. No los ofenderé ni haré perder el tiempo mostrando las razones bíblicas y eclesiales de esta opción, ni subrayando la importancia y la urgencia de que toda la Iglesia, y todos en la Iglesia (cada cual según su don y ministerio) seamos cada vez más fieles a esta opción evangélica, que en las circunstancias del mundo de hoy aparece tan ligada a la eficacia misma del Evangelio y a la venida del Reino de Dios. Tampoco es necesario subrayar cómo el camino de esta opción nos ha ayudado, como Iglesia y como evangelizadores, a redescubrir nuestra tarea cristiana, y a hacerla efectivamente fermento y esperanza de una humanidad nueva. Me detendré más bien en señalar lo que esta opción preferencial por los pobres ha ido significando en las Iglesias de Iberoamérica; y en señalar también algunos desafíos que a mi modo de ver aún están pendientes.

#### **Algunos antecedentes**

Por una parte, hablar de opción preferencial por los pobres en el cristianismo no es decir nada nuevo ni descubrir ningún valor evangélico que haya sido olvidado. La expresión

puede ser novedosa, pero el contenido es tan viejo como la Biblia, donde Dios no sólo se revela en su predilección por los pobres y sufrientes de la tierra, sino que también nos ha ordenado a sus discípulos a actuar del mismo modo. Así lo ha entendido siempre la Iglesia, particularmente aquellos cristianos con los que ésta se identifica, que son los santos y los testigos del Evangelio.

Por lo mismo, la opción por los pobres estuvo presente desde el inicio del cristianismo en América. Como en el resto de la Iglesia, y como sucede por lo demás con la práctica de todos los grandes valores evangélicos, esta opción en nuestro continente ha sido irregular, insuficiente, con incoherencias, con períodos de eclipse, y con períodos de mucha luz. El papel social de la Iglesia en la historia de América es algo bastante complejo, pero nunca faltó el testimonio de la opción por los pobres en los cristianos más representativos. Con nuestra perspectiva actual diríamos que esta preferencia estuvo centrada sobre todo en los servicios de caridad y de promoción, y menos en la justicia y la liberación, lo cual respondía en buena parte al modo como las ciencias humanas y la misma teología enfocaban el problema de la pobreza.

La cuestión se planteó agudamente en América en las últimas décadas, y ello coincide con el movimiento general de cambio vitalización de la Iglesia latinoamericana. En todo movimiento de renovación cristiana se plantea siempre la cuestión de la pobreza en la Iglesia, y de la conversión del pobre, y ello no podía faltar en el itinerario iberoamericano. El Concilio alentó una “Iglesia de los pobres” (aunque sin profundizar mucho en el tema), y una Iglesia “servidora del mundo”, lo cual fue traducido por Medellín a la realidad latinoamericana como una Iglesia que al evangelizar en solidaridad con esa realidad, descubre que el “mundo” que tiene que servir es preferentemente el mundo de los pobres y su clamor de liberación integral “que no les llega de ninguna parte”. Medellín tuvo el mérito de formular aquello que siempre estuvo latente en la mejor tradición pastoral de la Iglesia: que la venida del Reino es esperanza para el pobre y justicia para el oprimido.

Más recientemente Puebla va a reiterar esta convicción y esta opción (acuñando la expresión), enriqueciéndola con la experiencia teológica y pastoral de los últimos años, e integrándola, tal vez con mayor armonía que Medellín, en el conjunto de la evangelización.

¿Dónde está pues lo novedoso o renovador de la opción por los pobres en nuestra Iglesia de hoy, siendo una opción tan tradicional del cristianismo? A mi juicio en varios puntos:

1. Hay una conciencia explícita en la Iglesia iberoamericana que esta opción no es sólo un valor permanente de la caridad eclesial (como lo fue siempre), sino que es una línea maestra de la evangelización misma, sin la cual ésta pierde eficacia, credibilidad y autenticidad. El unir el anuncio del Reino con la solidaridad con los pobres y oprimidos es una convicción relativamente nueva en nuestra Iglesia.
2. Esta opción ha creado una revisión en torno a la pobreza evangélica de la Iglesia y de sus evangelizadores. Ha replanteado el estilo pastoral de las personas más

representativas de la Iglesia, y las relaciones de la misma Iglesia con los poderes (político, económico, social, etc.).

3. La preferencia por el pobre en la misión no se limita ya al ejercicio de la caridad y a los servicios de promoción y desarrollo (como era habitual en América Latina), sino que subraya la opción por la justicia. Consciente ahora de las causas y mecanismos inhumanos y también pecaminosos de la miseria, la Iglesia aboga y trabaja por un cambio y reordenamiento en la sociedad que favorezca la justicia y los derechos de los más pobres. Ello lleva a dar más importancia a lo Político, a la participación política y a los cambios políticos, así como al papel de los Gobiernos. Más preocupada en el pasado por las relaciones Iglesia-Estado, la opción por el pobre hace que la Comunidad eclesial se sienta sobre todo afectada por la relación Estado-Pueblo (especialmente los más pobres). De ahí que las Iglesias iberoamericanas recuperan su papel profético ante el Poder, en defensa de los débiles y anunciando una sociedad más justa y fraterna. De ahí también la dimensión conflictiva de la opción preferencial por los pobres.
4. En el mundo actual los pobres se movilizan y organizan para luchar por sus derechos. A pesar de las represiones de los movimientos populares, la irrupción de los pobres es un factor relativamente nuevo en la realidad de América. Por lo mismo, la Iglesia entiende actualmente su opción como un apoyo de todo proceso válido de liberación social de los pobres y oprimidos. Pastoralmente ello significa unir, en un mismo proyecto evangelizador, esta contribución eclesial a las liberaciones sociales, con el anuncio de la fe y la liberación interior para la vida futura. Esta síntesis de una evangelización integralmente liberadora es característica del compromiso con los pobres de la Iglesia latinoamericana.

### **Su significación para la Iglesia**

¿Qué ha significado la opción preferencial por los pobres para nuestra Iglesia y sus cristianos? ¿Cuál ha sido su contribución en hacerlos más Iglesia de Cristo y mejores seguidores de su Evangelio?

1. En mi opinión esta orientación de la Iglesia ha promovido, en primer lugar, el acceso del pueblo cristiano pobre y humilde a la participación activa en la marcha u en la misión de la Iglesia. Este pueblo se va haciendo protagonista en la Iglesia, y se va identificando con ella. Las comunidades cristianas. Comunidades eclesiales de base, etc., son una valiosa prueba de ello.
2. La opción por el pobre ha sido un factor importante en el movimiento de renovación de la Vida Religiosa, en la medida que las diversas Congregaciones la han ido asumiendo. El “éxodo” de religiosos y religiosas a las “periferias”, al lugar de los pobres, es un hecho mayor en la tradición de la Vida Religiosa del continente. Para muchos de sus miembros y Comunidades es una influencia evangélica en todas las áreas de su vida

personal e institucional: formación, espiritualidad, ahondamiento de su identidad religiosa y de su propio carisma, estilo de vida, orientación de los apostolados, etc.

3. Para muchos cristianos, laicos, les ha indicado el camino para realizar su compromiso de fe y de caridad. El servicio a la justicia y a los pobres les ha dado un sentido nuevo a sus tareas temporales de educación, de asistencia social, de política, de servicio público y profesional, etc. Muchos han unido la opción por los pobres con su profesión, enriqueciendo su vida cristiana y superando las separaciones entre la práctica de la fe y sus compromisos profanos.
4. La pastoral de la Iglesia se ha hecho más presente en los movimientos y organizaciones populares, obreras, campesinas. De modo variado e irregular según países y situaciones, la Iglesia las ha apoyado. En varios países esto ha sido fuente de conflicto y persecución para muchos evangelizadores de base, cuando hay medidas o leyes represivas de estas organizaciones.

Este apoyo de la Iglesia a causa de la justicia y los derechos de los pobres, ha tenido un innegable valor misionero. La Iglesia entró en simpatía y en diálogo con sectores del mundo popular organizado, tradicionalmente alejados de la Iglesia, aún de la religión, por prejuicios y desconfianzas ideológicas o históricas. Ya no es posible hablar en América Latina (en general) de un divorcio entre la Iglesia y los pobres, sus organizaciones o aún sus dirigentes.

5. Por lo mismo (y aquí otra vez habría que matizar de país en país), la Iglesia (en este caso la Iglesia oficial) se ha hecho más independiente del Poder y de los grupos tradicionalmente dominantes en las sociedades latinoamericanas. Esta mayor libertad es lo que ha permitido a la Iglesia, en algunos países, realizar una tarea de solidaridad con los pobres y sus derechos, y de mediación y reconciliación, al mismo tiempo. (Tareas difícilmente compatibles si no se toma en cuenta la posición peculiar de la Iglesia Católica en la cultura y la tradición iberoamericana).
6. La opción por el pobre ha ido generando un movimiento teológico que lo justifica doctrinal y bíblicamente, que ha dado mayor identidad y perspectiva a la pastoral latinoamericana. Situamos ahí la teología de la liberación, que en su versión más sólida no es otra cosa que una teología del pobre, de la justicia, y de las relaciones existentes entre el Reino de Dios y la salvación escatológica de Jesucristo, y las liberaciones históricas.

Pero la teología de la liberación no agota el pensamiento cristiano en esta materia. El estudio de las culturas populares y de las religiosidades populares en vista de una evangelización de liberación integral, son también preocupaciones predominantes de nuestra teología pastoral, para mencionar tan sólo los temas más conocidos.



7. La opción preferencia por los pobres va siendo también fuente de una renovación en la experiencia cristiana de aquellos que han ido tomando ese camino, de acuerdo con su vocación y con la pluralidad en los modos de compromiso. Jerarquía y laicismo en la Iglesia han percibido, a veces de manera gramática, la verdad de la expresión de Puebla “los pobres nos evangelizan”. Cual más, cual menos, según los países y los grados de conflictividad social o de violación de los derechos de los pobres, hemos aprendido en América Latina a pagar el precio de esta opción, que Jesús previó y presentó como una bienaventuranza y una gracia: la incompreensión, la soledad, contradicciones y formas de persecución, a veces hasta el martirio.

### **Algunos desafíos pendientes.**

No sólo por evitar un triunfalismo sutil, sino por honestidad cristiana y por el bien de la Iglesia y su misión, quisiera señalar algunos desafíos planteados por la irrupción del pobre en la vida eclesial, que a mi modesto entender aún no están resueltos. El hecho es normal; cuando la Iglesia se pone en marcha y se renueva lo hace siempre en un proceso de maduración y de síntesis, al que los cristianos no solemos llegar sino a través de una larga purificación.

1. El primer desafío es si somos consecuentes con esta opción cristiana por el pobre. Personal y colectivamente, como Comunidades de Iglesia. Si solidarizamos con nuestra actitud y nuestra práctica con los “rostros de los pobres” que Dios ha puesto en el camino de nuestra vida, o si nuestra opción es aún en el orden de una “causa” en general, de las ideas y convicciones, o de posiciones ideológicas. Si amamos eficazmente a nuestros hermanos los pobres con fidelidad, con valentía, con realizaciones, serenamente y sin alardes, y con la humildad que nos impide juzgar la opción de los demás, buscando la paja en el ojo del hermano sin percibir la viga en el propio.
2. Debemos evitar que “la opción preferencial por los pobres” se convierta en una frase consigna propia de nuestra generación. En América Latina, también en la Iglesia, hay valores que predominan un tiempo, y luego pasan. Pero la predilección por el pobre es tan propia de la experiencia cristiana fundamental, que no podemos permitir que corresponda tan sólo a la conciencia eclesial de nuestra época. La expresión misma podrá cambiar con el paso de las generaciones, pero el valor evangélico que la recubre tiene que permanecer. Debemos consolidar esta orientación de la Iglesia; asimilarla e integrarla establemente en nuestras vidas, como parte de la síntesis cristiana esencial.
3. Como dimensión necesaria de la espiritualidad cristiana, y de la pastoral de la Iglesia, la opción por el pobre ha de ser factor unificante en la Comunidad cristiana. Debe unir

a los cristianos, por otra parte plurales y diversos en ideologías sociales, o en experiencias humanas. El sentido cristiano del pobre ha de ser tan unificante como lo es la oración, o la imitación de Cristo, o la veneración a María.

La desconcertante paradoja es que en América Latina es a menudo un factor conflictivo y divisivo al interior de la Iglesia. En demasiadas partes es un punto de controversia lo que debía ser un punto de encuentro. Ha generado pasiones, reacciones y aún sectarismos de todo signo ideológico. En algunos medios, abordar el tema es despertar prejuicios. Es normal que el tema sea conflictivo en nuestra sociedad injusta, de cara a los poderes y al mundo de la riqueza – como se dio en la vida de Jesús – pero no es normal que sea divisivo al interior de la Iglesia y de Comunidades de cristianos sinceros.

Sería simplista decir que el conflicto viene porque algunos han hecho esta opción y otros no la han hecho. Analizar las causas de esta situación sería muy complejo; habría que considerar desde la limitación humana hasta el tipo de opción política que los cristianos asumen a causa del pobre (lo cual no debería ser determinante, pues si las ideas políticas y las utopías sociales son divisivas en la sociedad, no se ve por qué han de serlo en la Iglesia). Y cualquiera sea la explicación a que lleguemos, queda siempre el desafío de que la opción evangélica por el pobre está llamada a ser un factor unificante y de consenso en los cristianos y en la evangelización de América Latina.

4. Debemos preguntarnos también hasta donde las metas que nos proponemos en esta opción, especialmente en lo que concierne a la liberación social de los pobres, están influidas por los pseudo-valores de la “modernidad”. Es decir, los mitos del desarrollo y bienestar económico, de la racionalización de la naturaleza y de la historia, el mito del progreso material y el menosprecio de la cultura de los pobres. El drama de América es que las ideologías y utopías sociales predominantes están marcadas por la “modernidad”, incluyendo las modalidades de capitalismo, liberalismo, marxismo y socialismo, tal como se realizan históricamente y no en sus formulaciones ideales.

Para la “modernidad”, la pobreza es siempre mala, y va ligada al atraso, lo cual contradice el humanismo del Evangelio, donde la austeridad es un valor, y la pobreza, en condiciones de justicia y libertad, puede ser profundamente humanizante. Para la “modernidad” la riqueza es un bien (es mejor ser rico que pobre), y el rico es un privilegiado, objeto de envidia o agresividad. Para el Evangelio, la riqueza es una desgracia y una malaventuranza, y el rico objeto de lástima y preocupación.

La opción por el pobre no es hacer a los pobres ricos, ni acompañarlos a introducirse en la cultura de la modernidad. El mal de América Latina es la injusticia, el contraste social y económico, y por lo mismo, las características deshumanizantes que adquiere la pobreza.

5. Me parece que no siempre hemos situado la opción por el pobre en una síntesis cristiana y pastoral. A mi modo de ver hemos gastado tiempo en discutir como antítesis, cuestiones que deberíamos sintetizar: v.gr. si la liberación o la evangelización de la cultura, si lo social o lo familiar, etc. También nos ha faltado síntesis entre nuestro compromiso por la liberación integral del pobre, y la oración, la liturgia y sacramentos, y en general, entre el Reino de Dios como justicia que irrumpe en la sociedad, y el Reino de Dios como liberación interior, como sacramento en la Iglesia, y como vida futura.
6. En el mismo orden de cosas, está siempre el desafío de la identidad cristiana de la opción por los pobres. Es posible hacer esta opción, y trabajar por una justicia y una liberación, sin necesariamente ser cristiano. Lo sabemos por experiencia. Los creyentes hacemos esta opción como exigencia de nuestra espiritualidad y experiencia cristiana: LA PREFERENCIA POR ELPOBRE EN LA Iglesia tiene una identidad, una mística y unas implicaciones, a partir de Cristo y su Evangelio, que tenemos que testimoniar. Así, la opción cristiana por el pobre es inseparable de nuestra experiencia de Dios. Es inseparable de la imitación de Cristo. Es inseparable de las bienaventuranzas, que nos exige la práctica de la misericordia así como Dios es misericordioso: la opción cristiana por el pobre nos hace crecer en la universalidad del amor; en la capacidad de reconciliación y de luchar por la justicia con un corazón reconciliado; en la capacidad de hacernos cargo de toda forma de miseria humana, pues no podemos crecer en amor eficaz al pobre sin crecer al mismo tiempo en amor para todos los hombres.
7. Otro desafío para la Iglesia latinoamericana: que las urgencias, y también riquezas de nuestra experiencia actual – los derechos de los pobres, la justicia y su precio, incluyendo el martirio – no nos encierren en nosotros mismos. Al mismo tiempo que llamamos la atención de otras Iglesias, hay por lo mismo un peligro de aislacionismo eclesial iberoamericano, como región y también de país en país.

La paradoja es que el sentido del pobre debería conducir a solidarizarnos, de alguna manera, con otras Iglesias del “tercer mundo” donde la pobreza y opresión son mucho más graves, donde la persecución a cristianos es mucho mayor, donde el martirio es más dramático, silencioso y sin esperanza de cambio.

8. Otro desafío pendiente se refiere a la educación cristiana en la opción por los pobres, y a su práctica concreta, en los sectores católicos más acomodados. En algunas diócesis, el tema de la opción preferencial por los pobres parece propio de las zonas populares y de la pastoral popular. Otros cristianos, sinceros, parecen estar en otra perspectiva. ¿Cómo hacerles pasar el sentido y compromiso del pobre y la justicia? ¿Cómo integrar ese valor en la espiritualidad de las clases medias?

No tengo respuestas hechas a estos desafíos o a otros que se puedan presentar. Tal vez no todos son pertinentes en nuestro país. Creo que más que adelantar respuestas,

debemos continuar nuestro itinerario con constancia fiel y con humildad, pues la opción evangélica por el pobre no es una fórmula, sino un camino abierto por el Espíritu a su Iglesia, que tenemos que aprender a recorrer en comunión.

## II

### **ALGUNAS APLICACIONES CONCRETAS DE LA OPCION PREFERENCIAL POR LOS POBRES**

Sergio Torres  
Párroco de S. Luis Beltrán

Parece muy adecuada la decisión de iniciar nuestras reflexiones con el tema “la opción preferencial por los pobres”. Quizás como ningún otro, define la vocación del querido y recordado don Enrique Alvear, a quien el pueblo de Chile lo bautizó ya como el “Obispo de los Pobres”.

Después de la interesante visión retrospectiva y globalizante que hemos escuchado, que nos ayuda a valorar lo que hemos avanzado y los desafíos que se presentan para el futuro en el continente latinoamericano, quisiera destacar algunas repercusiones concretas de la opción preferencial por los pobres en la nueva coyuntura de nuestra “patria grande”.

En el año 1984 se han cumplido cinco años de la realización de la Conferencia General de Puebla. Me parece una fecha oportuna para recordar la actualidad de sus conclusiones, teniendo como telón de fondo el recuerdo y la presencia de don Enrique Alvear.

Nuestra perspectiva es teológica, no principalmente sociológica y se basa en una lectura actualizada de los textos mismos de Puebla.

### **1. Precisiones sobre los términos usados.**

El lenguaje es el vehículo privilegiado para transmitir los conceptos e ideas. Uno de los grandes peligros es la manipulación consciente o inconsciente de los términos. Las palabras pueden vaciarse de su sentido original y de su mordiente histórica cuando se les atribuyen sentidos distintos.

A esta altura de nuestra historia, cuando los pobres de América Central se debaten entre la muerte y la vida, cuando los indígenas de los países andinos están despertando, cuando se ha iniciado un proceso irreversible de vuelta a la democracia en el Cono Sur, es importante recordar el sentido de algunas afirmaciones que se han prestado a equívocos.

#### *a) Puebla opta por los pobres en sentido material.*

Durante la preparación de Puebla hubo intentos de disminuir la fuerza de los textos de Medellín sobre la pobreza. Se introdujo la distinción de pobreza material y pobreza espiritual y se quiso dar un sentido más amplio al concepto de “pobre”. Para no reducirlo a una pura realidad material económica se propuso un concepto más global de pobre, en que cabían todos los que tenían alguna carencia, material o espiritual.

Además, se pretendió interpretar erróneamente el contenido de las Bienaventuranzas, identificando a los pobres con los “pobres de espíritu”, incluyendo a todos los que tienen una apertura a la realidad de Dios y a la venida del Reino.

Puebla contradujo y dejó al descubierto todos esos intentos. La opción por los pobres es una opción por los pobres concretos, reales, los que se encuentran cada día en las ciudades y los campos.

Todos los textos de la Conferencia General, que abundan sobre esto, se resumen en el ya clásico y hermoso texto de los “rostros de Cristo”. Los pobres son los niños, golpeados por la pobreza antes de nacer, los jóvenes desorientados, los indígenas y afroamericanos, los campesinos, los obreros, los subempleados y los desempleados, los marginados, los ancianos (Puebla 32-39).

Esos son los pobres reales. No se puede disfrazar su presencia ni hay lugar para equivocarse al usar las palabras y los conceptos.

#### *b) Opción preferencial no exclusiva.*

Algunos han querido ver en este adjetivo “no exclusiva” una crítica a las erróneas interpretaciones – según ellos de los documentos de Medellín en la práctica eclesial y teológica anterior a Puebla.

En realidad, nunca se había hablado de una exclusividad hacia los pobres solamente. El ejemplo de Jesús, que ha estado en la base de esa práctica y de esa reflexión, es muy claro y normativo. El dijo que “difícilmente un rico entrará en el Reino de los Cielos” (Mc. 10, 23-25). Pero al mismo tiempo anunció su mensaje de salvación a todos y se acercó a los ricos llamándoles a conversión. Don Enrique Alvear hace una profunda exégesis actualizada de la visita y conversación de Jesús con Zaqueo en su Carta Pastoral “Construyamos la Iglesia de los pobres”, de Cuaresma de 1981. Jesús manifestó su predilección por los pobres. Pero anunció su mensaje a todos a partir de un lugar sociológico e histórico concreto. Por su nacimiento, por familia, por estilo de vida, por opción, El se identificó por un sector social pobre, no miserable, de su tiempo. A partir de ahí y con esa identificación fue a visitar a los ricos y poderosos.

Sus interlocutores no se equivocaban sobre el lugar desde donde les hablaba y las exigencias que les planteaba. Así lo dejan entrever la conversación con el joven rico, con Zaqueo o la visita a Herodes.

Así lo entendió Puebla cuando afirma: “De la misma manera, el testimonio de una Iglesia pobre puede evangelizar a los ricos que tienen su corazón apegado a las riquezas, convirtiéndolos y librándolos de esta esclavitud y de su egoísmo” Puebla 1156).

La expresión “no exclusiva” que se agrega a la “opción preferencial” nos disminuye a fuerza de la opción. Por el contrario, si la opción fuera exclusiva y se dejara de lado a otros sectores, se estaría en contra de la práctica de Jesús y se quitaría a esta expresión su fuerza dialéctica. Este es uno caso en que se llega a la universalidad a partir de una particularidad, de una preferencia.

El Evangelio se dirige a toda persona humana, creada por Dios y redimida por Jesucristo. Pero hay en este anuncio una preferencia amorosa y gratuita de Dios por los pobres. Se proclama ese anuncio desde la solidaridad con los oprimidos. Nadie queda excluido. Pero, desde la preferencia por los pobres, la palabra del Evangelio resulta dura y exigente para los sectores dominantes del Continente, que en cada país han gozado de privilegios, de poder y han sido cómplices de atropellos e injusticias. Nunca se afirma una exclusividad, pero si una preferencia dialéctica. Desde esa preferencia se puede anunciar el Evangelio a todo ser humano.

c) *La razón profunda de la opción.*

A veces se discute sobre las razones de la práctica latinoamericana y de la Conferencia de Puebla para asumir esta postura. Se cree erróneamente que es una moda o una

actitud oportunista frente al crecimiento y organización del mundo popular en América Latina.

La verdad es otra. Esta opción no es debida a tácticas del momento o a urgencias pastorales. La Iglesia ha releído los textos de la Biblia a la luz de la experiencia actual y ha descubierto, con admiración y con gozo, un nuevo aspecto del rostro de Dios. Dios mismo, al revelarse, ha manifestado desde el A.T. una preferencia y una parcialidad por los más pobres.

Dios ama a los pobres porque son pobres. Esta es la única razón. Puebla lo recuerda cuando dice: “Por esta razón, los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentran. Hechos a imagen y semejanza de Dios para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aún escarnecida. Por eso Dios toma su defensa y los ama” (Puebla 1142).

Este amor es el resultado de la libertad de Dios, de su amor gratuito. Esta preferencia es una revelación teológica sobre Dios. Aprendemos a conocerlo mejor, a descubrir sus caminos, su acción en la historia.

## **2. Significación concreta de la opción por los pobres.**

Debido a que esta opción es una opción concreta por los pobres tal como existen en el Continente, la Iglesia no se puede contentar con declaraciones sentimentales, abstractas y ahistóricas. Si efectivamente quiere ser consecuente con sus declaraciones tiene que asumir los riesgos que conlleva este compromiso solidario con los pobres reales. Los mismos obispos lo reconocen en Puebla: “La denuncia profética de la Iglesia y sus compromisos concretos con el pobre le han traído, en no pocos casos, persecuciones y vejaciones de diversa índole: los mismo pobres han sido las primeras víctimas de dichas vejaciones” (Puebla 1138).

Esto ha sido una realidad en el Continente, como lo prueba el caso de Mons. Oscar Romero y tantos otros que han tenido que pagar el costo de su compromiso. Así también sucedió con don Enrique Alvear, a quien nadie podía desconocer la pureza evangélica de sus intenciones y de su práctica, pero que también encontró la oposición, la crítica y los ataques.

Quisiera recordar algunos aspectos importantes señalados por Puebla en este deseo de señalar las consecuencias concretas.

### *a) La pobreza extrema es anti-evangélica.*

Es necesario destacar que la opción preferencial por los pobres no significa aceptar o bendecir la pobreza ni tampoco excluir o rechazar todo tipo de pobreza.

Los obispos en Puebla señalaron que: "comprometidos con los pobres, condenamos como anti-evangélica la pobreza extrema que afecta a numerosísimos sectores de nuestro Continente" (Puebla 1159).

Por otra parte es necesario completar estas afirmaciones de Puebla con otros textos donde se nos habla de la actitud de pobreza interior ante Dios. Por ejemplo aquel, que dice: Para el cristianismo el término "pobreza" no es solamente expresión de privación y marginación de los que debemos liberarnos. Designa también un modelo de vida que ya aflora en el A.T. en el tipo de los pobres de Javhé "y vivido y proclamado por Jesús como Bienaventuranza" (Puebla 11148).

El mensaje de las Bienaventuranzas es un mensaje religioso, es un anuncio sobre algo central en la predicación de Jesús, el Reino de Dios. Pero no se puede "espiritualizar" a los pobres para hacerlos dignos del Reino de Dios. Son llamados "bienaventurados" los pobres, materialmente hablando, porque – como hemos visto antes – son referidos por Dios por pura bondad gratuita suya. Sin embargo, a esos pobres "materiales" se les pide una actitud de confianza en Dios Padre y de abandono o de "infancia espiritual". La pobreza espiritual no significa aceptación de la pobreza extrema y de la injusticia institucionalizada. Por el contrario, es una protesta contra ellas. Significa solidaridad con otros que sufren lo mismo y búsqueda de la justicia, con la inseguridad de la búsqueda y con la confianza puesta en Dios Padre.

A partir de ese lugar histórico concreto todos los cristianos están llamados a vivir esta actitud de infancia espiritual que los abre hacia horizontes del Reino de Dios.

*b) La solidaridad con la lucha de los pobres.*

La pobreza no es un hecho inocente, sino que es el producto de las estructuras sociales injustas. Puebla dice que "al analizar más a fondo tal situación, descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de la miseria" (Puebla 30), y en ese mismo número se recuerda la dramática afirmación de Juan Pablo II en su discurso inaugural, de que esos mecanismos, a nivel internacional, producen "ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres".

Estas estructuras injustas deben ser cambiadas, y los principales agentes de cambio serán los mismos afectados negativamente por ellos. Son los pobres los que han comenzado a movilizarse y a despertar. Puebla reclama que el pueblo latinoamericano debe "ser tenido en cuenta como persona responsable y como sujeto de la historia capaz de participar libremente en las opciones políticas, sindicales, etc., y en la elección de sus gobernantes" (Puebla 135).

*c) Solidaridad con el pueblo organizado.*



La opción preferencial tiene consecuencias concretas y conflictivas cuando se la asume seriamente. La pobreza tiene una dimensión colectiva. Luchar contra la pobreza extrema implica oposiciones y conflictos. Puebla llamó a apoyar a los sectores populares, obreros, campesinos, indígenas en sus esfuerzos por organizarse y por construir una nueva sociedad (Puebla 1159-1164).

Dentro de esta lucha por organizarse los obispos denunciaron los obstáculos que todavía existen para esa organización. Decían en el N° 44: “En muchos lugares la legislación laboral se aplica arbitrariamente o no se tiene en cuenta. Sobre todo en los países donde existen regímenes de fuerza, se ve con malos ojos la organización de los obreros, campesinos y sectores populares y se adoptan medidas represivas para impedirla. Este tipo de control y de limitación de la acción no acontece con las agrupaciones patronales que pueden ejercer todo su poder para asegurar sus intereses”.

La opción por los pobres significa una solidaridad con los pobres organizados que luchan para defender sus derechos. Esto tiene consecuencias concretas en cada país que no es posible eludir en el terreno económico-social y político.

### **3. Consecuencias para la Iglesia.**

Como lo ha recordado Segundo Galilea en esta oportunidad, esta nueva actitud de la Iglesia ha tenido repercusiones importantes en diversos aspectos de la vida eclesial.

Sin embargo, como también se ha señalado, no podemos quedarnos en forma pasiva, como si ya hubiéramos adquirido para siempre esta renovación. Hay que estar vigilantes y vivir cada día los llamados que hay para nuestras Iglesias. Queremos recordar brevemente algunos de ellos:

#### *a) Necesidad de la conversión de la Iglesia*

Como se recordará, los obispos en Puebla en su “Mensaje a los pueblos de América Latina”, se preguntaron: ¿Vivimos en realidad el Evangelio de Cristo, en nuestro Continente?, y contestaron con humildad: “Reconocemos que aún estamos lejos de vivir todo lo que predicamos. Por todas nuestras faltas y limitaciones, pedimos perdón, también nosotros pastores, a Dios y a nuestros hermanos en la fe y en la humanidad” (Mensaje N° 2).

Semejante confesión no puede quedar solamente en una declaración histórica de 1979. Debe traducirse en una actitud permanente de autocrítica y de conversión en los pastores y en las comunidades. El reconocimiento de nuestros pecados y el arrepentimiento son el punto de partida de una auténtica conversión. Los “rostros de Cristo” en los pobres son un desafío permanente para los pastores.

#### *b) Reconocer el conflicto al interior de la Iglesia*

El proceso de conversión hacia los pobres se ha hecho sin tensiones y conflictos. Los sectores dominantes de la sociedad y los sectores conservadores al interior de la Iglesia han resistido este nuevo rostro de la Iglesia. En Puebla se reconoció que “la misma acción positiva de la Iglesia en defensa de los derechos humanos y su comportamiento con los pobres ha llevado a que grupos económicamente pudientes que se creían adalides del catolicismo, se sientan como abandonados por la Iglesia que según ellos, habría dejado su misión espiritual” (Puebla N° 79).

En otro texto, Puebla agregaba: “Todo ello ha producido tensiones y conflictos dentro y fuera de la Iglesia. Con frecuencia e la ha acusado, sea de estar con los poderes socio-económicos y políticos, sea de una peligrosa desviación ideológica marxista” (Puebla 1139).

Estas afirmaciones han sido ilustradas dramáticamente en el Continente por la persecución, las calumnias y asesinatos de agentes pastorales y miembros de Comunidades de Base, que han regado con su sangre la tierra de nuestros países y han inaugurado una nueva era del Espíritu, la era de los mártires. Sin embargo, la tarea está sólo empezada. En cada país, se dan conflictos diversos, pero la razón profunda es la misma. La opción por los pobres produce conflictos que no se pueden evitar y hay que enfrentar valientemente como Jesús.

### c) *La fuerza de la Iglesia*

La opción por lo pobres, significa que la Iglesia – a ejemplo del mismo Dios en el A.T. y del Jesús histórico - tiene una preferencia marcada, y toma partido a favor de los desposeídos. Ella no puede ser neutral en los conflictos entre los pobres y los poderosos, es necesariamente parcial con esa parcialidad o preferencia de Jesucristo, leída a partir de nuestra experiencia actual.

En su enseñanza y en sus actuaciones la Iglesia ha ido evolucionando desde una posición de poder aliada con los grupos dominantes, a una actitud más evangélica en que cuenta con el poder del Evangelio y no con los poderes del mundo.

En el N° 144, de Puebla, se dice: “Así, libre de compromisos, sólo con su testimonio y enseñanza, la Iglesia será más creíble y mejor escuchada”.

Una Iglesia que llega a nueva actitud será una Iglesia pobre y al servicio de la lucha de los pobres. “Así (la Iglesia) presentará una imagen auténticamente pobre, abierta a Dios y al hermano, siempre disponible, donde los pobres tienen capacidad real de participación y son reconocidos en su valor” (Puebla 1158).

En todos los países del Continente, la Iglesia ha jugado un papel importante a través de toda la historia. En la Conquista, la colonia y la vida independiente de ella ha estado

presente y su influencia ha sido decisiva. Como lo reconocieron los obispos en Puebla, muchas veces esa influencia ha sido negativa para los pobres. Decían: “No todos en la Iglesia de América Latina nos hemos comprometido suficientemente con los pobres; no siempre nos preocupamos de ellos y somos solidarios con ellos” (Puebla 1140).

Desde Medellín y desde Puebla se ha realizado un cambio en la actitud de la Iglesia y en el lugar social que ocupaba antes. Después de haber estado identificada con los sectores dominantes, ha comenzado a vivir más auténticamente en medio del pueblo, especialmente a través de las Comunidades Cristianas de base en los sectores populares.

Sin embargo, hay todavía un camino largo que recorrer. La lucha por el poder no está definida en el Continente; todavía persisten dictaduras que oprimen a los pobres y los gobiernos democráticos son débiles y frágiles.

Las Comunidades Cristianas y sus Pastores tienen que seguir su proceso de acostumbrarse a vivir en este “suelo nuevo” del “pueblo” con su historia, sus conflictos y su proyecto social de una nueva sociedad.

El ejemplo de don Enrique Alvear, modelo de pastor que hizo una auténtica y definitiva opción por los pobres, presidirá en nuestro país esta marcha que permita pasar de las tinieblas a la luz.

### III

## LA PASTORAL OBRERA Y POBLACIONAL DE DON ENRIQUE

Mons. Alfonso Baeza  
Vicario de la Pastoral Obrera

### 1. Introducción

La actitud pastoral de don Enrique Alvear, se entiende mucho mejor con la síntesis de lo que Ronaldo Muñoz llamó la “figura eclesial” de don Enrique.<sup>2</sup>

Los rasgos de esta figura eclesial que se dieron tan claramente en él y que, desgraciadamente, son tan escasos en nuestra Iglesia, debemos destacarlos siempre para que inspiren nuestras actitudes y tareas como pastores, como sacerdotes, religiosas y laicos. Recordándolos brevemente nos ayudarán a ver mejor la única manera de hacer verdadera pastoral y más específicamente una pastoral obrera y poblacional.

Ronaldo Muñoz nos decía que Don Enrique logró una “síntesis viva y profunda” de cuatro dimensiones fundamentales, a nuestro juicio, para hacer realmente pastoral: “el hombre de Dios, el pastor, el profeta y el teólogo”.

- a) El hombre de Dios, hombre de oración, seguidor y testigo de Jesucristo hacia la muerte; es decir, en el lenguaje de la tradición cristiana, el Santo.

El hombre que congrega y alimenta la fe de sus hermanos en la comunidad creyente, el que orienta a la misma comunidad en su misión evangelizadora; es decir, el pastor de una Iglesia particular, que por la fraternidad activa con sus colegas pastores, vincula a su comunidad con la Iglesia universal. Pastor fue don Enrique intensamente, hasta la médula de sus huesos, y como una dimensión inseparable de su ser hombre de Dios y seguidor de Jesucristo.

También inseparable de las dimensiones anteriores, el hombre lúcido de su tiempo, visionario de tiempos nuevos, el hombre de palabra pública inspirada y valiente; es

---

<sup>2</sup> Cfr. *Enrique Alvear, Obispo e los pobres*, I Semana Teológica, Fundación Enrique Alvear, Santiago 1984, pág. 79.

decir, el profeta, el hombre que percibe el paso de Dios por la historia presente y lo proclama con palabras de interpelación y de esperanza.

En la misma línea, y como exigencia de las dimensiones anteriores, el hombre que piensa la fe, que reflexiona sistemáticamente la misión del cristiano y de la Iglesia en nuestro tiempo, que busca obstinadamente penetrar esa fe y esa misión con una inteligencia más profunda y más claramente comunicable a sus hermanos; es decir, el teólogo.

He creído importante recordar esta descripción de Ronaldo Muñoz de la figura eclesial de don Enrique, porque me parece fundamental repetir que sólo así podremos realizar realmente una evangelización del mundo obrero y popular.

- b) El tema que me han asignado se puede prestar para equívocos. Personalmente temo que se pueda creer que se trata de dos pastorales distintas o peor aún, contrapuestas; la poblacional y la obrera.

El hecho lamentable e inhumano de la enorme desocupación, superior al 50% o más de los sectores populares, no nos puede hacer olvidar que en la mayoría de los casos se da o se tendrá que dar en el futuro, la coincidencia entre poblador y trabajador. También tenemos que considerar que, justamente una gran cantidad de los problemas o situaciones que condicionan la mentalidad y la mayor o menor receptividad a la acción pastoral en los pobladores tienen su origen causal en las situaciones laborales. Tanto en la carencia de trabajo y por lo tanto, de un ingreso estable, como por las condiciones desmedradas en que se encuentran los derechos de quienes tienen hoy “el privilegio” – como muchos lo declaran – de trabajar.

Ciertamente la existencia en nuestras poblaciones de una gran cantidad de personas que viven de lo que se llama “mercado informal del trabajo”, es grande, pero creemos y esperamos que lo determinante del mundo que llamamos obrero o popular seguirá estando marcado por la situación del hombre o mujer en el proceso de producción. Este tema lo conversamos muchísimas veces con don Enrique y él tenía muy claro que existía una relación muy fuerte entre lo que se llama el mundo laboral, con todas sus instituciones, valores, etc., y lo que él veía en la vida de las poblaciones.

Además debemos tomar en cuenta otro elemento más que vincula ambas situaciones: trabajador y poblador, es que ambos son explotados o utilizados, ya sea cuando trabajan o cuando consumen.

El poblador en cuanto tal fundamentalmente es un consumidor de bienes y servicios (alimentos, vivienda, educación, salud, etc.); el trabajador es un productor de esos bienes y servicios, pero necesita vivir en algún lugar y consumir.

Esas dos realidades; esas dos situaciones que muchas veces coinciden o deberían coincidir, desafían nuestra tarea evangelizadora y repasando los escritos y recordando las actuaciones de don Enrique las vemos muy presentes en ellos.

- c) Finalmente quisiera recordar otro elemento que me parece básico en lo que llamamos Pastoral Obrera. La Pastoral Obrera se hace desde la Iglesia, pero desde una Iglesia que está encarnada vivamente en el mundo de los pobres y que conoce y es consciente que esos pobres son hombres y mujeres, niños, adultos y jóvenes que viven bajo condiciones injustas impuestas conscientemente o inconscientemente por otros hombres. Condiciones y actitudes que han “cristalizado” en leyes, en formas de organización de las empresas, del Estado, en maneras de pensar o visiones del mundo (ideologías), en Instituciones (sindicatos, gremios, etc.). Estas condiciones o estructuras sociales, políticas, culturales adquieren una vida propia y por eso, muchas veces las aceptamos o defendemos como si vinieran de la voluntad de Dios.

La Iglesia que quiere ser fiel a Jesucristo Liberador, no puede dejar de conocer esos condicionamientos y su tarea evangelizadora tiene que producir como fruto la conversión personal, es decir, el abandono de la idea que esos condicionantes son fatales o queridos por Dios y la transformación o cambio de esas estructuras de opresión o de violencia institucionalizada, es decir, tener en cuenta la dimensión política de la pastoral. Sin eso no hay posibilidades de hacer una pastoral creíble, en el mundo obrero.

Don Enrique vio claramente esto, como hombre profundamente conocedor del pensamiento de la Iglesia del Concilio Vaticano II, de Medellín, de Puebla y como pastor tremendamente sensible y6 cercano al hombre o mujer trabajadores o del poblador.

Don Enrique es por eso, con propiedad, llamado Obispo de los Pobres, porque fue un auténtico Obispo de la Iglesia de los pobres. De esa Iglesia que Juan Pablo II anhela que sea Iglesia de los pobres por su compromiso con la causa de la justicia social. “La Iglesia está vivamente comprometida en esta causa, porque la considera como su misión, su servicio, como *verificación* de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la “Iglesia de los Pobres”. Y los “pobres” se encuentran bajo diversas formas; aparecen en diversos lugares y en diversos momentos; aparecen en muchos casos como resultado de la violación de la dignidad del trabajo humano: bien sea porque se limitan las posibilidades de trabajo – es decir por la plaga del desempleo - bien porque se desprecian el trabajo y los derechos que fluyen del mismo, especialmente el derecho al justo salario, a la seguridad de la persona del trabajador y de su familia”. (*Laborem Exercens*, n. 8).

## 2. Elementos para nuestra realización de la evangelización del mundo de los obreros y pobladores.

### a) *Reino de Dios, Iglesia y Política.*

La perspectiva desde la cual hacemos nuestra pastoral en el mundo popular – decía don Enrique – debe ser la del Reino de Dios. En la pastoral Evangelio y Política, señalaba que el *Reino de Dios es el centro de referencia en la acción de la Iglesia*. “Así para la Iglesia, igual que para Jesús, es el Reino de Dios el centro de la referencia para *interpretar* los acontecimientos para juzgar la historia y las decisiones de los hombres que marcan la historia. Por eso la Iglesia, sin ser fuerza política, como lo son el Estado y los partidos políticos (en su orden) y sin temer el estilo y el poder e influencia política de las Instituciones temporales, *tiene de por sí la dimensión política propia del Reino de Dios*. Este, con su verdad y dinamismo, pone en entredicho y socava desde adentro toda política que pretenda construir un mundo al margen de los valores evangélicos que son a la vez profundamente humanos”.<sup>3</sup>

*Sobre la relación entre Política y Reino de Dios* agregaba: “La perspectiva desde la cual la Iglesia pretende cambiar la sociedad es la del Reino de Dios.

El Reino de Dios proclamado por Jesús, aunque no se reduzca a la política, posee una dimensión política porque mira a la modificación global y estructural de las bases de un orden viejo, marcado por el pecado del hombre.

Esta transformación es necesaria para que el mundo pertenezca al Reino de Dios”.<sup>4</sup>

Dadas las condiciones en que viven los trabajadores y los pobladores, la pastoral de la Iglesia en esos medios no puede ignorar o eludir las implicancias políticas de su acción. Al respecto en los documentos “Unidad y Participación: Fuente de Esperanza”; “Evangelio y Política” principalmente, y en multitud de homilias, don Enrique fue dando respuestas y criterios que hoy conviene recordar.

*Sobre el tema Iglesia y Política* señalaba que en la búsqueda de soluciones a los problemas la Iglesia no está por motivaciones de política partidista.

“La Iglesia quiere servir a sus hermanos en esta búsqueda de solución a sus problemas. Quiere apoyar toda la iniciativa justa y conveniente al interés de todos, a

---

<sup>3</sup> Todas las citas de esta ponencia están tomadas de E. ALVEAR URRUTIA, *El Señor me envió a Evangelizar a los pobres*, Col. “Educadores para la justicia”, n. 2, Vicaría de la Solidaridad, Santiago 1983. Los subrayados son del autor de la ponencia.

<sup>4</sup> *Ibid.* Pág. 31, n. 5.

través de las Comunidades Cristianas y de los organismos propios de la Iglesia de Santiago”. Y citaba la Vicaría de Pastoral Obrera o Vicaría de la Solidaridad<sup>5</sup>.

A continuación, daba algunos criterios muy importantes de recoger hoy en la pastoral obrera y poblacional.

”La Iglesia no quiere apoyar *iniciativas divisionistas* que pongan en pugna a unos contra otros. Por eso pide a cualquier organización popular, que solicite su colaboración, que sea *pluralista* y no de un solo grupo.

La Iglesia no está con Uds. por motivaciones de política partidista.

Respeto las opciones políticas de cada uno y nunca quiere utilizar su servicio para imponer su voluntad o pedir un compromiso con sus principios, pues la fe jamás puede imponerse.

Pide a cuantos solicitan sus servicios que tampoco pretendan utilizarla invocando motivos aparentemente razonables, pero que puedan ser cortina de humo para ocultar otros propósitos...

Queremos apoyar todo lo que sea auténticamente un derecho humano, cualquiera sea la ideología o la religión de las personas<sup>6</sup>.

Y en el documento Evangelio y Política hay otros criterios: “La Iglesia no es una Institución paralela que pretenda compartir con el Estado y con otros actuantes en la acción política funciones que les son específicas.

La Iglesia en cuanto es Institución fundada por Jesucristo, no se considera como fuerza política sino fundamentalmente como comunidad de fe destinada a vivir y transmitir esta fe como la ha recibido de su Fundador y a interpretar la vida y la historia a la luz de esta misma fe...

Sin embargo, la Iglesia incluye la *dimensión política*, pero dentro de una perspectiva, al mismo tiempo, más vasta y más profunda...”<sup>7</sup> “Debe suplir con organizaciones temporales concretas”<sup>8</sup> “Toma iniciativas de orden temporal, por ejemplo, la reforma agraria por el cardenal Raúl Silva Henríquez y Monseñor Manuel Larraín en tierras de la Iglesia. Estas... constituyen un gesto profético que denuncia un problema grave y propone un camino de solución”<sup>9</sup>.

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 147.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pág. 147-148.

<sup>7</sup> *Ibid.* Pág. 29, n. 4.

<sup>8</sup> *Ibid.* Pág. 50.

<sup>9</sup> *Ibid.* Pág. 30



“Mantiene ciertas obras de servicio temporal, por ejemplo, hospitales, escuelas, universidades, etc., ... que expresan su amor a los que sufren”<sup>10</sup>.

“Su misión lleva consigo la defensa y la promoción de los grandes valores humanos... La defensa y promoción de estos grandes valores humanos es un tipo de *actuación política*, porque pretende influir y cambiar situaciones políticas, económicas, sociales disconformes con el Evangelio”<sup>11</sup>.

¿Por qué la Iglesia asume estas actitudes y hace gestos concretos? En la Carta Pastoral “Unidad y Participación: Fuente de Esperanza” fundamenta así:

“Sabemos que lo específico de nuestro servicio debe ser el amor con que lo prestamos... Nosotros Iglesia de Cristo, no luchamos “contra”. Luchamos “por” el hombre, por los sectores más desposeídos de poder y esto, ciertamente, se convierte, actualmente, en denuncia de muchos atropellos a los derechos y a la dignidad de quienes servimos y trae a la Iglesia críticas y ofensas”.

“Nuestra fuerza no es el poder político o económico. Es Jesucristo que vive en su Iglesia y nos alienta y da ánimo para seguir anunciando la liberación de todo el hombre”<sup>12</sup>. En la Homilía del 1 de mayo de 1979, explica la presencia de los Pastores en la Basílica del Salvador: “Nos ubicamos en la misión evangelizadora de la Iglesia, ya que de esta manera realizábamos un signo expresivo de amor a Cristo y su Iglesia, a los trabajadores y sus derechos laborales”.

Y citaba a Puebla: “Apoyamos las aspiraciones de los obreros y campesinos que quieren ser tratados como hombres libres y responsables (Nº1162).

Nosotros como Iglesia, estamos comprometidos a apoyarlos: ¿Cómo? Se preguntaba don Enrique:

“Por una parte, *formando conciencia*, de estos valores en nuestras comunidades cristianas por tratarse de un llamado de nuestros Pastores en el nombre de Cristo y *como exigencias de nuestra solidaridad cristiana* con los trabajadores”.

“Por otra parte, *apoyando* las iniciativas mismas de los trabajadores, supuesto el discernimiento cristiano”<sup>13</sup>.

Para don Enrique, los gestos solidarios con los trabajadores que realizó tanto personalmente como las convocatorias colectivas, querían ser gestos proféticos”, es

---

<sup>10</sup> *Ibid.* Pág. 30

<sup>11</sup> *Ibid.* Pág. 30

<sup>12</sup> *Ibid.* Pág. 147-148

<sup>13</sup> *Ibid.* Pág. 129-131.

decir, “quieren ser una palabra de Dios dirigida a las conciencias de los causantes directos o indirectos de estas situaciones para que se conviertan y cesen de hacer el mal” (*Desde Cristo solidario construimos una Iglesia solidaria*<sup>14</sup>).

En el encuentro solidario de las Comunidades Cristianas de la Zona Oeste, con trabajadores en huelga, en una de las primeras huelgas después que se puso en archa el plan laboral, en 1979, decía: “Creemos que la misión que nos encomendó Jesucristo nos obliga a manifestar claramente que el modelo laboral vigente no favorece la liberación integral del mundo trabajador que la Iglesia ha pedido en Puebla. Dicha misión nos obliga también a ser consecuentes con el Evangelio y apoyar con amor fraterno, sincero, las aspiraciones de ustedes obreros y campesinos que quieren ser tratados como hombres libres y responsables” (*Puebla* 1162).

También nos obliga a defender con ustedes su derecho fundamental a crear libremente organizaciones para defender y promover sus intereses y para contribuir responsablemente al bien común (*Puebla* 1163)<sup>15</sup>.

En la homilía del 1º de mayo de 1980, refiriéndose al compromiso de los Obispos, decía:

“Los Obispos reunidos en Puebla proclamaron el compromiso de toda la Iglesia Latinoamericana con los obreros y campesinos al afirmar su opción preferencial por los pobres.

“Nos recordaron la vieja enseñanza de Jesús: los pobres son los primeros destinatarios de la misión evangelizadora y su evangelización prioritaria es la más excelente prueba y señal de que la Iglesia sigue el mismo camino de Jesús.

El mundo de los pobres con sus características sociales y políticas muy concretas nos enseña donde debe encarnarse la Iglesia. Si la Iglesia no se encarna abiertamente en el mundo de los pobres termina por ser una Iglesia encarnada preferentemente en el mundo de los poderosos que la aleja de los preferidos del Señor”<sup>16</sup>.

b) *Laicos obreros y evangelización popular.*

Don Enrique decía que *no podía existir una Pastoral Obrera y en las poblaciones sin la acción de laicos obreros*. Laicos que simultáneamente se sientan plenamente pertenecientes a la clase trabajadora y plenamente pertenecientes a la Iglesia de Jesucristo. Estos laicos deben ayudar a que la Iglesia esté encarnada en el mundo de

---

<sup>14</sup> *Ibid.* Pág. 83

<sup>15</sup> *Ibid.* Pág. 138, n. 4

<sup>16</sup> *Ibid.* Pág. 141-142

los pobres y que desde allí evangelice a todos tal como Jesucristo se encarnó en el mundo de los pobres de su tiempo y desde allí es el Salvador de toda la humanidad. Don Enrique sufrió mucho con la casi inexistencia de este laicado, de este tipo de laico que es un misionero en las realidades tan conflictivas del mundo de los trabajadores-pobladores.

Al respecto me parece importante citar algunas de sus insistencias:

*Sobre la acción política de los cristianos:* “La caridad pasa hoy, a través de la acción política. La caridad ya no puede restringirse a las relaciones interpersonales, como algo privado, sino que debe asumir su dimensión política.

La Iglesia ve en la política una forma posible, incluso privilegiada de manifestación de la caridad cristiana... Para el cristiano, no basta la acción, por muy esencial y necesaria que sea, en el solo ámbito de los medios que le proporciona la Iglesia, por ejemplo, en la catequesis, en la difusión de la doctrina social; si el cristiano cree en la verdad y en la eficacia de su mensaje, debe llevarlo también al campo político, económico, social, para lograr que allí se convierta en realizaciones concretas, efectivas al servicio de los hombres y de los más desamparados.

A los cristianos – insistía – les corresponde asumir en el orden temporal, su propia responsabilidad, guiados por el Espíritu del Evangelio y el Magisterio de la Iglesia”<sup>17</sup>.

*Los cristianos tienen la misión de hacer la Iglesia de los pobres:* “Que hagan de su Iglesia encarnada en ustedes la Iglesia de los pobres que evangeliza a los pobres y a los ricos y anuncia la verdadera liberación de Jesús”<sup>18</sup>.

El se daba cuenta que *estos laicos no nacen espontáneamente*. Desgraciadamente las circunstancias represivas que vivimos y una larga tradición católica de separación entre la vida y la vivencia de la fe, han hecho que exista una gran mayoría, tanto de laicos como de agentes pastorales e incluso Obispos que no ven la urgencia de que los laicos tengan las características que señalábamos o peor aún, no se preocupen de ese problema.

Otros, que son conscientes de los problemas que viven los trabajadores, asumen muchas veces tareas y actitudes laicales y descuidan las capacidades que tienen para capacitar, alentar y acompañar el crecimiento de esta fe vivida y alimentada en los desafíos de la vida obrera y en los valores evangélicos que allí existen.

---

<sup>17</sup> *Ibid.* Pág. 33 y 34, n. 7.

<sup>18</sup> *Ibid.* Pág. 142, n. 5.

Don Enrique sentía la responsabilidad que toda la Iglesia, y él como Obispo, tenía en la formación y acompañamiento de laicos comprometidos con Cristo y la clase obrera. Le preocupaba las dificultades y la falta de apoyo a los movimientos apostólicos obreros (JOC; MOAC; MOANI) y dio mucho impulso y apoyo al surgimiento y desarrollo de las comunidades de base popular. En todo este desarrollo él veía y buscaba el apoyo de los equipos de Pastoral Obrera y no se perdía oportunidad de alentar el trabajo que realizábamos en la Vicaría de la Pastoral Obrera.

Respecto a la *formación de los cristianos*, en Evangelio y Política decía: “Podemos decir que la Iglesia es responsable de formar cristianos capaces de luchar con los instrumentos *proprios de la acción temporal* para manifestar en la historia la eficacia del Evangelio. Si falta esta eficacia “el mensaje cristiano sobre el amor y la justicia... muy difícilmente obtendrá credibilidad entre los hombres de nuestro tiempo” (II Sínodo Obispos, 1971)<sup>19</sup>.

Y en otro documento agregaba:

“Es un gran desafío para nosotros pastores, saber desarrollar el potencial de dinamización y transformación social que tiene la fe de nuestro pueblo en el Dios de la justicia y en la Santísima Virgen Madre de los pobres y afligidos”<sup>20</sup>.

c) *Iglesia, organizaciones populares y Evangelización popular.*

Otro aspecto es la importancia que don Enrique le dio a las *organizaciones populares*: sindicatos, organizaciones poblacionales, etc., que son algo constitutivo del mundo obrero y6 popular. Son los instrumentos nacidos de la solidaridad frente a la explotación y marginación que vive el mundo obrero. Son los instrumentos de su liberación y de participación en la sociedad local, nacional y en la empresa.

Las organizaciones populares tuvieron una importancia muy grande en la preocupación pastoral de don Enrique, en la elaboración de sus orientaciones para la Zona y más allá de las fronteras de la Zona Oeste. “El Movimiento Obreros – dijo en la Catedral, el 1º de mayo de 1974 – es el grito organizado de los pobres. Se ha hecho oír... El movimiento obrero ha logrado introducir en la mente de los hombres de Estado, en las legislaciones y en la conciencia del mundo criterios más justos y equitativos para organizar la convivencia social” (p. 124). A don Enrique le preocupó no sólo el apoyo de la Pastoral Obrera para que nacieran y se desarrollaran bajo el alero de la Iglesia organizaciones populares, acerca de lo cual podríamos dedicar toda esta reunión para citar ejemplos o testimonios. También le preocupó la presencia especial de la Iglesia en esas organizaciones a través de los laicos.

---

<sup>19</sup> *Ibid.* Pág. 34

<sup>20</sup> *Ibid.* Pág. 81, n. 10.

Decía: “Los cristianos están participando en ellas por ser pobladores como todos y porque sienten su obligación, como hijos de la Iglesia, de colaborar con sus esfuerzos y con la visión del Evangelio, en cualquier nivel que el hombre esté luchando por su liberación, en este caso en el nivel poblacional”<sup>21</sup>.

“Es muy necesario...activar la participación de los cristianos en ellas (las organizaciones) ayudándoles a tomar conciencia de que somos parte de este pueblo explotado, oprimido y creyente que busca caminos de liberación”<sup>22</sup>.

Don Enrique sufría con la *deficiente conciencia de pueblo* de los cristianos. A este respecto decía: “En este nivel más amplio de solidaridad notamos poca presencia de los cristianos y mucho miedo...

Ha costado captar que, por ejemplo, la lucha de un grupo de trabajadores de una industria determinada, expresada en huelga, en ollas comunes o en cualquier otra forma, es la lucha de todo el pueblo...Necesitamos, pues reconocernos como parte del mismo pueblo, todos hijos del mismo Padre Dios y estar mucho más unidos para afrontar los problemas que nos son comunes...”<sup>23</sup>.

*El compromiso* – decía él – *debe ser libre y por amor*. Hay un pasaje hermosísimo en la homilía que hizo con ocasión de la detención de Alicia Sanhueza y otros laicos, el 20 de noviembre de 1981:

“Así quiere el Señor que sea nuestra actitud, no el compromiso del que se resigna a comprometerse, porque alguien lo mete en el compromiso y lo empuja: anda allá. El Señor no quiere esos compromisos obligados, esos compromisos aceptados por resignación. El quiere compromisos en que aparezca el amor que toma la iniciativa, el amor que es creador, el amor que busca caminos para ayudar al que está sufriendo. El quiere que entremos en ese compromiso, y ese hombre nuevo que está naciendo en nuestras poblaciones, en los lugares de trabajo, en los campamentos, en tantos lugares, en la semilla de trigo que en muchos casos se va destruyendo, se va muriendo lentamente sin que nadie lo sepa, pero está dando lugar a este algo nuevo, que nos damos cuenta que va naciendo...

Cristo quiere que se comprometan con la vida, pero quien se compromete de verdad con la vida está pronto a perder la vida para que otros puedan vivir; ese es el camino de Jesucristo, ese es el compromiso de Jesucristo y ese quiere que sea el compromiso de sus discípulos, de nosotros, de cada uno de nosotros y de cada

---

<sup>21</sup> *Ibid.* Pág. 146.

<sup>22</sup> *Ibid.* Pág. 81, n. 10.

<sup>23</sup> *Ibid.* Pág. 85, n. 16-18.

comunidad cristiana”<sup>24</sup>. El cristino – agregaba en otra oportunidad - tiene una particular motivación para hallar la justa relación entre el partido político y el movimiento obrero.

Su norma de conducta descansa en el mandamiento divino del amor a su prójimo; este partido ¿me ayuda a cumplir el mandato fundamental de amar a mis hermanos trabajadores más que a mi partido? O, al revés, ¿amo más a mi grupo político que los intereses de mis compañeros de trabajo?”<sup>25</sup> ¿Para qué?, decía: “Si creemos que la Iglesia tiene algo propio y necesario que aportar a la liberación del hombre, inspirada en Jesucristo y en la enseñanza del Magisterio Social, los cristianos deben estar presentes en las organizaciones que surgen para dar respuesta a los problemas poblacionales, laborales, educacionales, recreativos, de salud, etc.

¿Para qué? Para resguardar y promover desde adentro la verdadera dignidad del hombre: su real participación, su auténtica libertad; su capacidad de ser sujeto y no puro sujeto manipulado por otros para construir su propia historia de liberación; su capacidad creativa original que le permita rechazar o criticar proyectos liberadores ajenos a sus verdaderos intereses.

Todo este aporte brota de Jesucristo Resucitado que nos da en sí mismo la auténtica imagen del hombre plenamente liberado que El quiere ver realizado en la historia...”<sup>26</sup>.

Sobre la vocación cristiana de ser *instrumentos de reconciliación*, lúcidamente comentaba:

“Los cristianos...queremos ser instrumentos de reconciliación, pero no de una reconciliación superficial que se logre callando u ocultando los conflictos, sino de la que se produce cuando “Jesús...manifiesta a cada uno su pecado “para constituir” la “paz verdadera” y un “mundo de hermanos” fundado en le reconocimiento y en la vivencia práctica de la “justicia y verdad, amor y libertad”, como señales de la presencia del Reino de Dios en la sociedad”<sup>27</sup>.

d) *Comunidad cristiana y evangelización popular.*

También don Enrique veía fundamental el *rol e importancia de la Comunidad Cristiana* en los sectores populares.

---

<sup>24</sup> *Ibid.* Pág. 171-172.

<sup>25</sup> *Ibid.* Pág. 140.

<sup>26</sup> *Ibid.* Pág. 263.

<sup>27</sup> *Ibid.* Pág. 37.

*A nivel poblacional:* que las comunidades cristianas superen el individualismo, la inercia, el temor, la desconfianza que impide la unión de los pobladores.

Aporten su testimonio de fraternidad cristiana y sean servidores inteligentes y activos de toda iniciativa en bien de la población. Detecten con una fe muy lúcida todo paso liberador de Cristo, apoyarlo y celebrarlo en la Cena Eucarística.

*A nivel laboral:* aunque predomina el mundo popular en nuestra zona, no todos sus habitantes son sensibles a los problemas y esperanzas y proyectos de los trabajadores.

Los equipos de Pastoral Obrera deben sensibilizar a las comunidades cristianas de modo que, sintiéndose parte del mundo popular, a suman todas las consecuencias que implica una opción preferencial por los pobres que se exprese en la búsqueda de la justicia.

“La celebración eucarística será tanto más auténtica cuanto más compartamos la vida de los pobres, en toda su realidad, y ayudemos fraternalmente a los trabajadores en su búsqueda de la unidad”<sup>28</sup>.

Había un tema que le preocupaba mucho y era el *discernimiento evangélico en las comunidades*. El 1º de mayo, en la Basílica del Salvador, lo explicaba así: “A los trabajadores corresponde fundamentalmente, tomar iniciativas en la defensa o promoción de sus derechos...”

Las Comunidades Cristianas deberán hacer un discernimiento evangélico, unidas a sus Pastores, para examinar los valores en juego, las *motivaciones*, *los medios* que se emplearán...

*En cuanto a las motivaciones*, pueden mezclarse unas de tipo de política partidista con otras de defensa y promoción de los derechos de los trabajadores.

Las Comunidades Cristianas deben formarse conciencia clara sobre qué es lo que deben apoyar y qué no les corresponde apoyar... Como Iglesia apoyarán toda causa justa, que mire a la dignidad y promoción del hombre y expresarán lo que apoyan y por qué lo apoyan...

Las Comunidades Cristianas, por último deben juzgar los medios que se emplean: medios claros y no ambiguos, medios lícitos conforme al Evangelio. Puebla en el N° 1162 expresa en forma muy clara: “Apoyamos las aspiraciones de los obreros y campesinos que quieren ser tratados como hombres libres y responsables, llamados

---

<sup>28</sup> *Ibid.* Pág. 45 B y C.

a participar en las decisiones que conciernen a su vida y a su futuro y animamos a todos a su propia superación.

Nosotros como Iglesia, estamos comprometidos a apoyarlos. ¿Cómo? Por una parte formando conciencia de estos valores en nuestras comunidades cristianas... Por otra parte, apoyando las iniciativas mismas de los trabajadores, supuesto el discernimiento cristiano de que hablamos antes... Pido a todas las comunidades expresar su solidaridad con nuestros hermanos afectados por las medidas que tomó la autoridad el 1º de mayo. Hagamos realidad la opción preferencial por los pobres de Puebla con el mismo Espíritu y con el mismo *Corazón de Jesucristo*<sup>29</sup>.

Por último, don Enrique señalaba que las comunidades cristianas deberán *re- visar su compromiso con el mundo trabajador*.

“¿Por qué nos encontramos reunidos en esta asamblea de Iglesia? Porque el Señor nos ha enseñado que para los discípulos de Cristo y para la comunidad cristiana, los gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias, especialmente de los pobres y de los que sufren, no pueden sernos extraños...

Las comunidades cristianas revisaremos nuestro compromiso con el mundo trabajador y tendremos muy en cuenta lo que ustedes dirigentes sindicales, nos acaban de decir. Queremos ser fieles a Jesucristo prestándoles todo el apoyo que merece la justa causa de ustedes<sup>30</sup>.

### 3. Conclusión

El tiempo no me ha permitido referirme a otros aspectos desarrollados por don Enrique y que tienen una gran importancia para la Pastoral Obrera. Creo que de lo que he dicho y de lo que no he podido desarrollar se desprenden criterios y actitudes permanentes vividos por don Enrique para que exista una Pastoral Obrera en la Iglesia Chilena, en Santiago como ciudad y en nuestros sectores.

La Pastoral Obrera es una dimensión de la única pastoral de la Iglesia, no es una pastoral de especialista o algo separado de lo que hacemos en el mundo obrero o popular.

La Evangelización de los trabajadores más que otras, exige una gran coherencia entre lo que anunciamos o denunciamos y nuestra vida personal o eclesial.

---

<sup>29</sup> *Ibid.* Pág. 130-131.

<sup>30</sup> *Ibid.* Pág. 136-138.



Nuestra pastoral debe ir acompañada de gestos y palabras. No hay evangelización con puros gestos ni mucho menos con puras palabras. Don Enrique es conocido y querido por los pobres, por eso; porque supo unir los gestos con las palabras.

No hay Pastoral Obrera, no habrá laicos que puedan evangelizar a sus hermanos obreros, si no hay una Iglesia que sea signo, sacramento de liberación de los pobres. Todos, cualquiera que sea nuestra situación social y nuestras posibilidades, debemos hacer la opción por los pobres.

Sólo así todos seremos evangelizados y evangelizadores. La Pastoral Obrera, como toda la pastoral, tiene que ser realizada en equipo y reflexionada permanentemente desde la coyuntura sabiendo discernir: Lo permanente y lo accidental; lo que corresponde realizara a cada uno como Obispo, como sacerdote, religiosa, como laico y como Iglesia toda; reconocer y vivir que el Pastor a quien debemos mirar, seguir y del cual debemos vivir es sólo Jesucristo.

“Nosotros los cristianos... queremos mirar más a fondo, con la misma mirada con que Cristo vio a la multitud hambrienta, como ovejas sin Pastor...”<sup>31</sup>.

Eso lo vivió don Enrique y eso nos interpela hoy a nosotros.

---

<sup>31</sup> *Ibid.* Pág. 127.

## IV

## LA PASTORAL DE FRONTERAS DESDE DON ENRIQUE

*Cristián Precht Bañados  
Vicario General de Pastoral  
Arzobispado de Santiago*

### 1. Introducción

Movido por el gran cariño que siento hacia don Enrique he aceptado tratar el tema: “La Pastoral de Fronteras de don Enrique” en esta semana teológica. Quisiera precisar, sin embargo, que voy a tratar el tema *desde* don Enrique más que a partir de sus enseñanzas escritas. He decidido hacerlo así después de leer varios de sus escritos. Me siento más capacitado para hablar a partir de su persona, su imagen, su cercanía que son muy vivas para mí, más que a partir de sus palabras textuales. Además, don Enrique usa muy pocas veces la frase “pastoral de fronteras”. Y nada más ajeno que las “fronteras” en la personalidad y en la práctica pastoral de don Enrique.

Las fronteras sugieren vallas, alambradas, campos minados; sugieren guardianes y defensores. La frontera es lo propio y lo típico de una situación instalada. Marca un reducto territorial o ideológico. Es una imagen de límites autoimpuestos o impuestos por otros y muestra una actitud defensiva hacia otras personas o grupos. Si aplicamos esta imagen a la Iglesia, hablar de pastoral de fronteras significaría una Iglesia instalada, circunscrita, defensiva. En realidad, las fronteras son asfixiantes y nada más ajeno a la concepción de Iglesia que tenía don Enrique. Por lo tanto, me parece que si él usa esa palabra, lo hace como quien se refiere a un lugar común, dicho casi sin pensar, pero no refleja su acción, ni su visión de la Iglesia.

### 2. Iglesia Misionera

¿Qué es lo que yo retengo como impresión, como imagen de don Enrique? En primer lugar, don Enrique Misionero:

La práctica de don Enrique es más bien la de un pastor misionero que no impone límites a su acción, salvo la fidelidad a Jesucristo y a su Evangelio, que está citada reiteradamente en su enseñanza. Siempre está volviendo a la persona, al mensaje y al misterio de Jesús. Y precisamente la misión que él aprende de Jesús es la misión de romper las fronteras.

Jesús es quien derriba las fronteras impuestas a los leprosos que quedaban fuera de la ciudad. No tiene temor de imponerles las manos y reincorporarlos a la vida de la comunidad. Jesús derriba las barreras religiosas impuestas por las instituciones “sagradas” de su tiempo: pone el Sábado al servicio del hombre y de Su proyecto liberador. Jesús rompe los marcos y las fronteras rígidas de la ley que sacraliza los límites impuestos por los hombres a la convivencia humana. El deroga las prácticas estrechas, vgr. La práctica del Cordán, y critica a los fariseos por su afán de hacer prosélitos para meter a los convertidos en un mundo de vallas y fronteras. Jesucristo rompe la peor de las barreras: la enemistad. San Pablo da testimonio que en su Cruz hizo un solo pueblo de los dos pueblos enemigos. Hizo la unidad desde la cruz, desde el sufrimiento. Jesucristo abre las barreras al nacionalismo estrecho y envía a sus discípulos a evangelizar a todos los pueblos, desde Jerusalén hasta los confines de la tierra. Jesucristo supera incluso las barreras que nosotros le ponemos a la divinidad: sale del seno de la Trinidad, se encarna como hombre, ocupa el último lugar, se hace pecado – dice San Pablo – para relacionar definitivamente al hombre con Dios. Así Él hace fluida la relación del hombre con Dios, de lo natural y de lo sobrenatural.

En una palabra la misión liberadora del Señor, de la cual don Enrique es Pastor y a la cual continuamente se refiere, *es la misión de derribar las fronteras* que impiden la plena humanidad del hombre. En un Pastor – y así lo siento en don Enrique – la fidelidad al Evangelio *no es hacer una pastoral de fronteras, sino una pastoral que derriba las fronteras.*

### 3. Iglesia Evangelizadora

Desde esta óptica ¿cómo veo yo a don Enrique en su perspectiva evangelizadora? Yo entiendo que él percibe la misión del Señor como una misión de evangelizar sin barreras hasta *los confines del hombre*, porque nada de lo humano es ajeno a la evangelización. Evangelizar hasta *los confines del mundo* porque no hay aspecto de la convivencia humana, de las instituciones sociales que quede afuera de la evangelización. Evangelizar hasta *los confines de la historia* y, por lo tanto, discernir permanentemente en la historia concreta para descubrir los nuevos confines hasta donde hay que llegar con la palabra del Evangelio.

Desde esta perspectiva me parece que podemos considerar los “confines” como aquellas situaciones límites que los hombres imponen a los propios hombres, son las situaciones de marginalidad, las situaciones que destruyen, que generan el sufrimiento y la muerte. Una Iglesia evangelizadora busca precisamente esos confines para dese allí realizar su servicio liberador. Entra a los confines de la segregación y de la marginalidad para anunciar la Buena Nueva a los cautivos.

¡Eso es lo que uno admira en don Enrique! El entra en todos aquellos terrenos en que ve confinados a sus hermanos: si no tienen acceso a la salud, anima los equipos de salud y denuncia esa realidad oprimente. Lo mismo hace con los que no tienen acceso a la educación o a la vivienda; con los que están privados del trabajo y de la participación. El entra en todos los confines impuestos por situaciones de empobrecimiento, de injusticia: entra en los confines de la relegación, del exilio, de la tortura.

Su actitud está simbolizada por esos episodios tantas veces contados como cuando él entró en una “ratonera” o fue a golpear las puertas de la DINA. Es decir, él fue al lugar preciso en que estaban confinados los hombres, las mujeres, el pueblo. Y además, hasta lo hace con picardía.

Permítanme un paréntesis menos teológico para contar un hecho que viví junto a don Enrique. Después de un 1º de mayo en Panal, veníamos en un auto con don Enrique y Alfonso Baeza. Se nos adelantó un auto perfectamente identificable que nos encerró. Salimos del auto mientras nos gritaban que alzáramos los brazos y pusiéramos las manos contra los muros, cosa a la cual nos negamos. Se trataba, como siempre en estos casos de “una terrible equivocación”. ...estaban buscando un auto robado. Don Enrique no perdió su picardía: mientras buscaban debajo de los asientos las armas que llevaríamos, les decía “busque ahí dentro de la llanta, ahí están las armas”. Don Enrique tenía esa capacidad de asumir con mucha humanidad las situaciones difíciles y meterse en ellas con su buena cuota de buen humor. Este es un rasgo evangélico que demuestra sabiduría y humanidad. Es una de las armas más temidas por quienes confinan a sus hermanos a la cárcel o al sufrimiento. El humor bien aplicado derriba muchas fronteras.

La evangelización entra donde se encuentra el hombre marginado, deshumanizado, violentado, para ayudarlo a salir desde esos confines en cuya raíz se encuentra el pecado que desfigura al hombre, su vocación, su misión. La evangelización precisamente lucha contra el pecado, cuyo efecto primario es el de poner barreras a la vida del hombre bajo motivaciones que aparentemente dan vida. Don Enrique realiza su misión desde estos confines que hemos enumerado o señalado. Tiene claro que en la medida que la Iglesia se hace misionera y evangelizadora, se va situando espontáneamente en los confines de la humanidad sufriente.

Esto es lo que él enseña en su carta pastoral sobre la relación de la Iglesia con las organizaciones no eclesiales: cuando las organizaciones populares piden techo en la Iglesia son las “fronteras” que llegan a nosotros y que piden de los agentes pastorales una especial disponibilidad y discernimiento. En otras palabras, cuando verdaderamente asumimos la misión evangelizadora de Jesús, los confines se vuelven el *centro* de la vida de la Iglesia, el *lugar desde donde* la Iglesia realiza su práctica liberadora. Si la Iglesia deserta de ese lugar se descentra, pierde el rumbo de su misión y se encierra en sí misma. No acoge, no da respuesta ni fruto.

#### 4. Iglesia Liberadora

¿Qué sucede cuando se evangeliza hasta los confines del hombre como nos pide el Señor? Vayan hasta los confines de la tierra – nos dice – a bautizar, es decir, a hacer pasar de la muerte a la vida a los pueblos enteros en el Nombre o por la fuerza de Dios.

*Nos abre a otras personas*

Al asumir esta misión nos encontramos con otras personas que también luchan desde los mismos confines para derrotar la muerte, la esclavitud, para liberar al hombre y a los pueblos. Es algo semejante a la experiencia que tuvieron los discípulos de Jesús cuando El nos envió en misión: volvieron un poco desolados a contarle a Jesús que habían encontrado a otro que estaba expulsando demonios en su nombre y que se lo prohibieron. Esta actitud no gustó a Jesús.

Al entrar en los lugares donde están confinados los hermanos se nos rompe la imagen estrecha de que sólo nosotros o los de nuestro grupo son los únicos llamados a realizar una práctica liberadora. Si nos situamos en los confines necesariamente nos vamos a encontrar con otras personas, otros grupos que están en esta misma lucha. El criterio de acción, entonces, no es pensar en primer lugar si ellos son o no de los nuestros. El criterio será aunar fuerzas para exorcizar el poder de muerte que tiene confinados a los hermanos. El que no está contra nosotros está con nosotros.

En el texto del Evangelio que recordaba resulta que había quienes echaban demonios en nombre de Jesús. En otras partes del Evangelio ni siquiera está la referencia al nombre de Jesús: lo que mueve al samaritano a levantar al caído y entrar en este confín es la compasión y no el nombre de Jesús. Por lo tanto, es posible que en las situaciones de marginación nos encontremos con muchos hombres y mujeres que quizá no conocen a Jesús ni a Dios. Eso no significa que sean insensibles. Como el samaritano pueden tener entrañas de misericordia y de compasión que los hagan más prójimos de los que están marginados que los que vamos en nombre del Señor.

Es posible que nos encontremos con otras personas que quizá ni piensen en estas motivaciones: que simplemente actúan horrorizados de la injusticia que esclaviza a tantos pueblos: ¡Grande será su sorpresa al final de los tiempos! Ese día se van a enterar de lo que ya sabemos: que el vaso de agua, que el vestido, que el hospedaje... se lo dieron al Señor.

Entrar en esta pastoral misionera y evangelizadora abre nuestra comunión eclesial a trabajar con muchos otros, que si no trabajáramos con esa perspectiva nunca habríamos reconocido. Es una práctica que abre nuestros criterios y ensancha nuestro corazón.

*Nos abre a horizontes nuevos*

La pastoral hecha desde los confines del sufrimiento humano nos vuelve sensibles a las palabras o las formas con que los hombres de hoy día dicen lo que nosotros decimos cuando hablamos del Reino. Así descubrimos las resonancias evangélicas y convocadoras que para las muchedumbres tienen por ejemplo los Derechos Humanos, como una expresión del anhelo por ser persona libre y respetada, como una versión de lo que es llegar a ser un pueblo verdadero. Esta solemne declaración, aún incompleta, expresa condiciones mínimas para que una persona sea tal y un pueblo sea pueblo. Este anuncio despierta profundas resonancias en los que están confinados y en los muchos que quieren ayudar a romper las cadenas de la esclavitud. Juntos descubrimos el sabor a Reino y a Resurrección que hay en los Derechos Humanos, la Solidaridad, la Justicia, la Fraternidad. Es verdad que todo esto no es tan simple como parece. Se requiere mucho discernimiento para actuar desde los confines. Pero más que nada se requiere volver al viejo criterio de discernimiento cristiano: “por los frutos se conoce el árbol” y dejar de lado las sospechas y la exploración desconfiada de las intenciones. Pienso en el famoso tema de la infiltración que preocupa a algunos más que la injusticia y que nos hace mirarnos con recelo. En cristiano hay que ver los frutos. Si los frutos son buenos, el árbol es bueno. Con esta actitud estaremos más abiertos para trabajar junto a otros con quienes no compartimos la misma fe ni tenemos visiones comunes sobre el hombre. Sin embargo, ateniéndonos a los frutos mucho podemos hacer en común por derribar las fronteras y sembrar la libertad.

## **5. Don Enrique**

Volviendo a don Enrique, lo veo precisamente situado desde los confines, haciendo una pastoral evangelizadora, liberadora. Repito lo que dije antes: si uno lee su pastoral de solidaridad y su constante enseñanza, si uno ve dónde se sitúa, dónde va, dónde está presente, lo veremos junto a los sin casa, a los cesantes, a los detenidos-desaparecidos. Lo veremos entrando en los confines de los Hornos de Lonquén. Desde allí él discierne, desde allí interpela, y lo que es más importante, es allí donde se deja interpelar por el Señor. Si hay algo que es recurrente en la persona y la enseñanza de don Enrique, - y de eso doy fe – es su pregunta constante por nuestra identidad: ¿Cuál será en esta situación el aporte que tenemos que hacer desde el Evangelio, para ser Iglesia de Jesús? El vivía haciéndose esta pregunta. Pero no se lo preguntaba solo: no temía preguntárselo a aquellas mismas personas a quienes iba a apoyar en su acción liberadora. Con ellos buscaba la Palabra que tenía que decir. Así lo hizo en el Sínodo de la Zona Oeste: le preguntó por la Iglesia a todos los vecinos, católicos o no, creyentes o no creyentes. El creía que la Iglesia es servidora y eso confiere autoridad a quienes servimos, también a quién no es creyente, para interpelar a los discípulos de Jesús.

Una pastoral instalada llama a tener “militantes” y de los militantes se espera que ejecuten las órdenes de quien los manda. Una pastoral misionera requiere más bien de discípulos y de seguidores de Jesús. Y lo propio del discípulo es aprender, es estar abierto, es preguntarse, es tener muchas dudas y sólo las suficientes certezas.

Si hay algo que yo admiro en don Enrique es que era un hombre capaz de preguntar. El preguntaba a quienes trabajaban con él, preguntaba a quienes recibían sus servicios, y le preguntaba insistentemente a su Señor, cual era Su voluntad en la hora presente y en la situación que enfrentaba.

Estas sencillas reflexiones casi sin pensarlo han ido dibujando en mi mente la figura del Siervo de Yavhé. El entró en los confines de la experiencia humana, y se dejó herir por nuestros pecados para rescatar al hombre desde el fondo de su cautiverio. Ese siervo de Yahvé – nos dice la Escritura – fue maestro porque habló con lengua de discípulo.

Gracias, Señor, por tu siervo Enrique.

## V

## **Las Comunidades Eclesiales de Base y don Enrique**

*Mons. Carlos Camus  
Obispo de Linares*

Quiero empezar dando un testimonio personal. Hace unos 35 años conocí a don Enrique Alvear con ocasión de predicarnos un retiro, siendo estudiante en Valparaíso. Nos centró el retiro en la Santa Misa. Éramos todos universitarios y en ese tiempo muy entusiasmados con la Acción Católica, el trabajo apostólico, el trabajo social e incluso político. Eran los tiempos en que había pasado por allí el Padre Hurtado y tantos otros precursores.

Cuando don Enrique nos habló de la Misa, entendimos la diferencia entre el trabajo político-social-apostólico y el misterio del sacerdocio. El ilumino de una manera tan viva, tan profunda, tan convencida, lo que era ser ministro de Cristo y dispensador de sus misterios, que fue en ese momento en que yo decidí entrar al Seminario.

Rindo este primer homenaje a don Enrique, porque Uds. se deben imaginar todo lo que significa eso después.

### **Desde el Seminario**

El año 1950 conocimos a don Enrique como director espiritual del seminario. (Entre los teólogos estaba Jorge Hourton). El era un padre espiritual, y podríamos decir que un padre espiritual a la antigua, de esos que eran totalmente espirituales. Tan espiritual que se quedaba dormido confesando y lo peor era que se le dormía el penitente también.

Nos hacía clases de pedagogía catequística, un ramo nuevo en esos tiempos. Nos decía que todos teníamos la obligación de complementar nuestro temperamento. Si éramos tímidos, teníamos que esforzarnos por ser más audaces, por eso estoy yo aquí; si una era muy impetuoso tenía que serenarse; si era más bien pusilánime, tenía más bien que llenarse de valor. El confesaba que era tímido y pusilánime, por eso estaba haciendo un esfuerzo para llenarse de valor y enfrentar los problemas de la vida. No pensaba tal vez en ese tiempo hasta qué punto Dios le iba a cobrar la palabra.

Como una manera de aterrizar su espiritualidad, de pasar de la oración íntima y profunda al compromiso con los pobres, tomó los catecismos del Seminario y nos llevó a las primeras poblaciones obreras a experimentar una catequesis que era muy elemental. Salíamos corriendo con la campanilla, con sotana en ese tiempo, a buscar chiquillos. Tocábamos la campana y se juntaban los niños: ¡era como que llegara el circo!



El se dio cuenta que esto era un “show”; una especie de paseo de un sábado por la tarde igual que los chiquillos de los colegios católicos. Dijo: “no puede ser, tenemos que llegar a un apostolado mucho más comprometido”. Entonces tomó un sector de la población Madeco-Mademsa que se inauguraba. Fue creando sin quererlo, sin llamarlo con ese nombre, comunidades de base: una capillita en una casa de la población Madeco-Mademsa; otra en la población Malaquíás Concha. Como diácono hice todo ese apostolado con él y me entregó otra capillita en la “16 de Febrero”.

Don Enrique fue aprendiendo de las familias obreras, de las poblaciones, lo que debía ser una parroquia viva, una parroquia muy cerca del corazón de Cristo y muy cerca al dolor de los pobres. Fue aprendiendo por qué “los pobres le enseñaron a ser cura”. Conversábamos en la noche del sábado cuando alojábamos allá en dos camas en el suelo. Yo me quedaba dormido y él estaba en oración; y cuando despertaba en la mañana, él ya estaba rayando la biblia como acostumbraba siempre. ¿A qué hora dormía? Nunca lo supe.

En ese entonces nos decía a los seminaristas: “hay que aprender a imaginarse otro tipo de parroquia; nuestras parroquias son grandes y están vacías, fueron hechas para servir a los pobres y los pobres no se atreven a entrar; la palabra de Dios suena muy lejana, la liturgia no tiene nada que ver con la vida, hablamos del amor de Dios y no hay cómo practicarlo, porque todo el mundo sale corriendo al terminar la misa. No puede ser esto lo que Dios quiere de una comunidad viva, cristiana”.

En todas partes nos quedábamos a escuchar la predicación de don Enrique porque era maestro de catequesis. Nos enseñó catequesis de niños, de adultos, de hombres, de mujeres, de ancianos, de todo; iba aprendiendo de la vida e iba entregando la palabra de Dios, haciendo una síntesis de fe y vida que nunca habíamos escuchado en otras homilias. Fue enseñando con el testimonio sencillo de su compartir, de sus chistes, del frío del invierno, del poco sueño, del sufrimiento por los problemas humanos, por los problemas económicos. Incluso todo su sueldo del seminario y lo que podía juntar por aquí y por allá, se le iba en limosnas, un poco a la antigua, a lo paternalista; era lo que sabía hacer. El amor tiene que aprender y él estaba aprendiendo y nosotros con él.

### **Hijo de la Iglesia.**

Pasada esta etapa del seminario, lo encontramos después en las reuniones de obispos y sacerdotes tendiendo un puente cuando las tensiones eran muy grandes, muy difíciles. Yo era sacerdote, él era obispo, por eso entiendo la maravilla del esfuerzo que él hacía para destruir esa especie de tensión que existía.

Cuando fue obispo de San Felipe le tocó partir al Concilio. Tomaba nota de todo y sabía ir a lo esencial. En la primera reunión descubrió la liturgia viva, lo que podría llegar a ser una liturgia verdadera, un culto verdadero a Dios y lo transmitió por todos lados con un entusiasmo maravilloso. Recuerdo que los sacerdotes de Valparaíso lo convidamos a una

jornada. Estuvimos tres días con él y nos enseñó a vivir la misa y a tener una liturgia verdaderamente cercana, dialogante, participativa, sobrenatural y humana al mismo tiempo.

Don Enrique expresaba su alegría en la medida que iba sintiendo el Concilio; iba encontrando la Iglesia que él había soñado y que estaba en el fondo de su corazón y que quiso inculcarnos a los seminaristas con intuiciones más que con teología. El Concilio le dio la gran intuición, la gran verdad, cuando se definió como un concilio pastoral, cuando rechazó los esquemas canónicos, los esquemas teóricos, fríos, los esquemas autoritarios y propuso ser un concilio eminentemente pastoral. Primera gran pincelada del concilio.

El trato de la Iglesia no partió de arriba para abajo como partíamos siempre definiendo a la Iglesia, sino que partió de la gran idea fuerza de la Biblia, del pueblo de Dios. La Iglesia es el pueblo de Dios en marcha y dentro del pueblo de Dios están los servidores de ese pueblo que son los diversos ministerios. Ahí encontramos los sacerdotes, después los obispos y el Santo Padre y las religiosas como dentro del pueblo de Dios; igual que la Virgen María que era la primera de los hijos de Dios, la única que no defraudó al Señor. Hija de la Iglesia y madre de la Iglesia dijo después el Concilio, al coronarla; pero primero una criatura, una hermana nuestra, una hija de la Iglesia. Nos preguntamos entonces si la Virgen no se humillaba por ser hija de la Iglesia, por qué nosotros sacerdotes, obispos, religiosas, no podíamos ser tan hijos de la Iglesia como el cristiano recién bautizado; entonces entendimos que lo fundamental en la Iglesia es este inmenso pueblo de Dios congregado por Cristo: con la humildad y la sencillez de Cristo, con el testimonio de la Virgen Madre, de San José patrono, que peregrina hacia la Casa del Padre.

La fraternidad como principio fundamental de la Iglesia, trajo consecuencias pastorales inmensas, contra todo el aparato clericalista a que estábamos acostumbrados, contra todos los falsos honores y los criterios mundanos que se habían introducido en la Iglesia, contra todas las relaciones canónicas de límites, “hasta aquí llego yo y hasta allá llegas tú”, que limitaban y ahogaban, asfixiaban la caridad... Contra todo eso surgía el concepto dinámico de una Iglesia que brota del espíritu y es capaz de iluminar a todo cristiano y producir una fraternidad que nos enriquece a todos, porque, antes que nada, todos somos hijos de un mismo Padre, somos el pueblo de Dios congregado por Jesucristo.

Esta intuición de una Iglesia, pueblo de Dios, la completó don Enrique cuando el año 68, tres años después del Concilio, tuvimos nuestra primera asamblea de obispos – digo nuestra porque es la primera a la que yo asistí – en que se empezaron a dar las orientaciones pastorales de la Iglesia de Chile, a publicarse estos folletos, año a año, entre los cuales la idea más importante de la renovación de la Iglesia fue la idea de comunidad de base. Se formó una comisión de cinco expertos – entre los cuales estaba don Enrique -, estaba también don Rafael Larraín, los que eran los “capos” de ese tiempo. Don Enrique empezó diciendo: “el Concilio nos pide que seamos una Iglesia evangelizadora y servidora de la comunidad. Desde allí entonces, a buscar las estrategias o las líneas de acción, la metodología. Cómo hacer que esta Iglesia tan pesada a veces, con este aparato tan anquilosado, con estas costumbres tan esclerotizadas, con este lastre que le dábamos

nosotros a los hombres – precisamente por nuestro individualismo – y tal vez por la falta de humildad, de sencillez...; cómo hacer para que esta Iglesia se pusiera dinámicamente en acción para anunciar la buena nueva de Jesucristo, y para prestar un servicio a toda la humanidad en todo lo humano, porque todo lo humano puede ser evangelizado”.

## **Comunidades de Base**

### *Intuición profética*

Como primera prioridad surgió la comunidad eclesial de base: era todavía una intuición, era como una necesidad que se palpaba en el ambiente. Recuerdo que fueron algunos expertos, entre ellos un sociólogo. Fue a decirnos que el mundo tendía a la socialización, porque había acentuado hasta el exceso el individualismo, había una revancha en la humanidad que buscaba relaciones. La gente quería relaciones primarias donde pudieran encontrarse, comunicarse, entenderse y tratarse fraternalmente; una dimensión que fuera en número posible para una relación humana. En nuestras Iglesias la gente entra como sube a una micro, sube y se baja, pero no se comunica. Necesitamos otro estilo de Iglesia, donde los que participan se intercomunican al Cristo que tienen dentro, si es que lo tienen dentro. No faltó un psicólogo que nos habló de la soledad del hombre contemporáneo en medio de la multitud, la necesidad de establecer un puente entre el individualismo y la masa, la necesidad de pequeñas comunidades que vengán a reemplazar lo que fue antiguamente la familia patriarcal en el campo, un eje de relaciones no egoístas. ¡Qué mejor que una comunidad cristiana, que pueda romper el individualismo y al mismo tiempo evitar la masificación; que permita a las personas tratarse con respeto, con dignidad, con fraternidad!

Vino también una corriente bíblica que tenía una gran nostalgia por la primera comunidad cristiana. Los Hechos de los Apóstoles hablaban de las comunidades que compartían el pan, que compartían la palabra y que compartían el amor y la oración. Y un conjunto de presiones – podríamos decir - ambientales o culturales, hacía que la Iglesia fuera tomando conciencia, en los propios cristianos, de la necesidad de agruparse, y de agruparse en núcleos de relaciones primarias, de posibilidades de intercambio fraterno, de conocerse, de servirse, de compartir.

De los grupos de acción católica habíamos heredado su ambiente, que tenía un acento fundamental en la conquista, en el apostolado, pero que por la carambola produjo lo comunitario, el ambiente fraterno, la alegría de compartir un mismo ideal. Y esa alegría que habíamos vivido como estudiantes, como universitarios, como juventud obrera, como juventud campesina en las familias que comenzaban a formarse, empezó a despertar y a suscitar la necesidad de comunidades en que entraran no sólo los jóvenes, sino los adultos, los matrimonios, los ancianos; donde no hubiera distinciones ni de posición social, ni de sexo, ni de cultura, ninguna; que fueran solamente lugares de encuentro de la palabra de Dios, de la celebración litúrgica y del amor fraterno.

Entonces vinieron las tres grandes palabras de la comunidad cristiana: fe, culto y amor; el trípode. Compartir la fe ya no era escuchar un sermón lejano de un señor a quien no conocíamos, que a veces nos decía algo y que muchas veces no nos decía nada. Compartir la fe era compartir su riqueza: entregarnos unos a otros las vivencias de fe, alegrarnos juntos, y escuchar también la voz autorizada de la Iglesia la confirmación de esta fe, que nos permitiera sentirnos unidos a otras comunidades sin salirnos de la gran comunidad de la Iglesia, compartiendo la grandeza de la Iglesia, comunión de comunidades.

La comunidad (del culto que, aún sin sacerdote) en la mayor parte de las comunidades no lo hay habitualmente), nos permitía entonces soltar nuestra lengua para alabar a Dios, poder expresar nuestro cariño al Señor. Y junto con la alabanza a Dios, la liberación del pueblo, unir la fe con la vida, la acción con la oración, el respeto al Dios santo y el cumplimiento de sus mandamientos: la raíz cristiana de toda acción social, política, fraternal, solidaria; el fundamento profundo por el cual un cristiano llega hasta las últimas consecuencias de su compromiso con Cristo.

Y, por consiguiente, un rechazo a ese Cristo de tal manera embellecido en marfiles o en piedras preciosas, que no permitía ver la sangre del Hijo de Dios crucificado, u una Iglesia sufriente, que Dios permitió que fuera después una realidad muy viva, como lo es hoy día. Una Iglesia que no solamente se apiada de los pobres, sino que comparte la suerte de los pobres, que sufre con los pobres, que es perseguida con los pobres, que es calumniada con los pobres, que – precisamente, en la medida en que se identifica con los pobres – es incomprendida y perseguida.

Todos estos pasos los fue abriendo don Enrique con algunos otros grandes pastores que nos fueron marcando el camino. Y don Enrique tenía un valor especial; no tenía claridad al comienzo para expresar estas ideas (hacíamos muchas bromas entre los obispos porque hablaba con las manos, y decíamos que se le enredaban las ideas en los dedos). Pero esa dificultad para expresarse con palabras, de reducir a términos claros lo que quería pensar, le obligó a expresarlo con testimonios, y lo que no pudo decir con palabras lo dijo con su vida. ¡Y cuánto más valioso resultó aquello!

### **Impulso eclesial.**

Me tocó compartir con don Enrique los tres primeros años de la Comisión Pastoral. Con monseñor Sergio Contreras y con don Enrique todos los meses nos juntábamos tres días – y yo viajaba de Copiapó - , y siempre él nos iluminaba con lo que había estado rezando, pensando y trabajando durante todo el mes. Nunca repetía, siempre traía vivencias nuevas, experiencias nuevas: “mira, esta idea que tú dices está muy bien, pero fíjate que me pasó tal cosa, ¿cómo se arregla con eso?”. Su experiencia era la riqueza, y sus experiencias surgían precisamente en las comunidades cristianas de base.

Gracias a él – hay que decirlo – nuestra Iglesia chilena tuvo el privilegio de Dios, y es que las comunidades cristianas de base no nacieron como una respuesta o una constelación a la

Iglesia jerárquica, sino que nacieron impulsadas por la Iglesia jerárquica. En muchos países hubo conflictos, la jerarquía no entendió esta participación del pueblo cristiano, receló de estas iniciativas, le parecieron peligrosos estos pasos; hubo un diálogo de sordos, muchas veces, entre la jerarquía y la base del pueblo.

Don Enrique tuvo el gran mérito de estar siempre en el corazón de los organismos episcopales, en la Comisión Pastoral, en el centro de la pastoral de Santiago. Y pidió precisamente venirse de San Felipe a Santiago porque lo ahogaba todo lo protocolar y administrativo de un Obispado, y quería estar totalmente dispuesto a la evangelización de los pobres, de la cercanía, del contacto muy servicial y muy cercano de los más necesitados. Rechazó la gloria y la autoridad en una cabeza de provincia – es cierto – para estar libre, para evangelizar, para dar todo su tiempo al contacto personal, a la formación de personas, a la catequesis vivida; para ser, en buenas cuentas, un verdadero pastor. Ese sacrificio, esa oblación de don Enrique, que fue un gesto vivo, que comprometió toda su persona, fue mucho más elocuente que veinte charlas sobre las comunidades eclesiales que estaban de moda en ese tiempo.

Digo que fue gracias a esa intuición de don Enrique, que acercó el Episcopado al pueblo, que hizo asequible el ser obispo, que hizo que le perdieran el miedo; que vestía lo más sencillamente posible dentro de la obediencia y que se burlaba de sí mismo cuando le tocaba ser muy serio; que sabía combinar el chiste con el cariño, con la cercanía; que buscaba con una preferencia sobrenatural el saludo al más pobre, al más insignificante, al más descuidado de los presentes; que tenía esa certeza para ir justo hacia el que más necesitaba comprensión, cariño, seguridad, respeto. Y este respeto que cito no brotaba de él de una consideración psicológica, ni siquiera de un celo apostólico; mucho más allá iba: de una identificación con Cristo. Había escuchado al Padre Hurtado que decía que el pobre es Cristo y para él era una ley. Por eso tomó su lema.

“Me envió”, “he sido enviado a evangelizar a los pobres, a liberar a los oprimidos, consolar...”, y toda la frase del Señor, don Enrique la hizo vida y la transmitió a sus hermanos obispos, lo que no deja de ser difícil. El apostolado entre los obispos es el más difícil de todos, más don Enrique lo hizo sencillamente, con cariño, con humildad, y trató de que nuestra Conferencia fuera también una pequeña comunidad de base, donde hubiera relaciones fraternas, donde hubiera sencillez, franqueza, valentía.

Fue el primero que nos mostró un camino de valentía para enfrentar los problemas, para no rehuir con palabras diplomáticas, para ir al fondo del evangelio y al fondo del corazón del hermano, para unir el sufrimiento del pobre con la dignidad de Dios, con el respeto al Señor de los pobres. Valentía; cuántas veces lo escuchamos defendiendo valores cristianos, contra toda una manera de pensar demasiado establecida, demasiado insensible.

## **Nacimiento y expansión.**

¿Cuándo comienzan las comunidades cristianas de base a expandirse en el país?... Una idea pastoral demora. Nosotros lanzamos la prioridad de las comunidades de base en el año 68, hace 16 años, y todavía hay lugares donde se resisten las comunidades de base, donde no se entienden, donde se miran con sospecha, donde se les mira como una peligrosa aventura pastoral. Para que una idea llegue al corazón de toda la Iglesia, de todo el pueblo cristiano, necesita madurar mucho tiempo.

Casi siempre nuestras orientaciones pastorales eran hermosos discursos que nadie leía, que quedaban en el papel; eran declaraciones dignas de aparecer en las grandes revistas de estudio, en los anales de lo que pasó hace años; desde el presente no decían nada; un lenguaje detestable, un estilo insoportable, una longitud inalcanzable, y una teoría..., no uso otra palabra porque no me quedan. Y don Enrique comenzó a escribir esos mensajes de Navidad sencillos, directos; esas liturgias vivas, y sobre todo empezó a acercarse y a hablar a los distintos grupos cristianos, y a hacer accesibles las grandes ideas pastorales. Las transmitía viviéndolas, las comunicaba realizándolas, visitando a la gente. No usaba términos, ni de organigramas ni teoría. No era un hombre de grandes esquemas teológicos, no era ordenado. El Espíritu en él soplabla donde quería; era hombre de intuiciones y de vivencias; donde iba dejaba una comunidad funcionando, porque los cristianos sentían, como los discípulos de Emaús, que Cristo había estado compartiendo con ellos y decían: “¡qué bonito esto!”, “¡esto es lo que tenemos que hacer!”, “¡esto nos gustó!”.

¡Qué lindo que hablaba don Enrique! Nos hizo sentirnos en una misa distinta; nos consoló cuando parecía que no había consuelo; iluminó una tensión cuando estábamos todos peleados; nos elevó a Dios desde el problema concreto que estábamos viviendo; no se arrancó hacia lo sobrenatural para evadir la dificultad; escuchó, supo conocer lo profundo del problema y supo después iluminarlo y trascenderlo a Dios; nos presentó a Dios y nos habló a nosotros de Dios. ¿Qué arete tenía?, ¿cuál era el secreto? Ya se ha dicho toda la riqueza espiritual que él tenía. Lo importante es que esa riqueza espiritual fue de grandes consecuencias pastorales.

Hoy día estamos acostumbrados a ver comunidades de base que se reúnen, que funcionan, con sus defectos, con sus caídas, con sus desviaciones, con sus peleas, con todo lo humano que todos tenemos. Lo vemos como “normal”; nadie se asusta de que la Iglesia sea una comunión de comunidades; que muchas parroquias estén construidas desde la comunidad de base; que sean los que decían las orientaciones pastorales del 68 “el primero y fundamental núcleo pastoral”.

Hoy es ya bastante común, gracias a Dios, en muchos lugares, y por eso es una realidad conquistada. Pero hay que mirarlo en perspectiva histórica, cuando había que abrir el camino, cuando no había ninguna comprensión del problema. Algunos pensaban que era copiarle a los evangélicos, porque a ellos les gustaba reunirse y cantar, y “vamos a llevar guitarra y a meter bulla”; eso ridiculizaba la fe sencilla de un grupo cristiano. Otros creían

que era el afán de hacer cosas nuevas; decían: no son carismas sino “chorismas”. Había un rechazo. Y con qué paciencia don Enrique, más que discutiendo, iba demostrando, iba convenciendo, iba realizando.

### *Paréntesis testimonial*

¿Qué pasa hoy día con las comunidades de base? Quiero dar un testimonio de una diócesis campesina como Linares; una diócesis que no es ninguna avanzada pastoral en Chile, ni mucho menos; una diócesis que tiene muchas cosas atrasadas, y donde a muchos de nosotros nos falta mucho por aprender. Sin embargo, de 30 parroquias institucionales que teníamos, hoy tenemos 347 comunidades cristianas. Ciertamente que es fácil porque el campo llama a la pequeña capilla; el campo – se puede decir – clama por la comunidad de base; y cierto es también que no es una comunidad de base perfecta, pero después de 5 ó 5 años que estuvimos discutiendo teorías, nos convencimos de que esa comunidad de base perfecta está en el cielo: ciertamente el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo la tienen (...). Entonces, ¿por qué forzarnos por definir o empezar por lo perfecto?, ¿por qué no tomar las cosas como son? Y a los campesinos, que son muy prácticos, objetivos y sencillos, no les importa que se le llame “comunidad de base” o no; lo que les importa es que “aquí tenemos que juntarnos y hacer la capilla”, y parten cortando palos y haciendo adobes, y sin darse cuenta empezó a caminar la comunidad de base.

Cuando 15 ó 20 hombres están cortando adobes juntos, tomando, riéndose, echando tallas, empieza la comunidad de base. Cuando 15 ó 20 señoras están haciendo listas para rifar una gallina o una torta que una ha hecho, para juntar plata, para comprar clavos, está naciendo la comunidad de base. Cuando la juventud organiza una carrera a la chilena, o uno de esos bailes tímidos (donde los niños se ponen “por acá” y las niñas “por allá”) y se toman una coca-cola, lo están haciendo para poder comprar una imagen del Señor, una Virgen, un mantel, y está naciendo una comunidad de base. Y cuando después de dos, tres, cuatro años, estos grupos ya se conocen, ya son amigos, ya han aprendido a compartir la Palabra, ya saben alegrarse con la Eucaristía y fabricar su propia liturgia y hacer sus propios cantos (a veces toman un cancionero con toda la letra y le fabrican música propia, porque no saben la música), cuando han aprendido que la comunidad no es sólo rezar juntos y pasarlo bien, sino aprender a pensar en los demás, entonces sí que está naciendo una comunidad de base.

### *Trinomio fundamental*

Monseñor Contreras nos dio una vez un tema sobre pedagogía de la fe, en la educación de los jóvenes, y decía con mucha razón que la formación en la fe de un joven – igual de un adulto – es un trípode que descansa en tres valores:

*La atención personal:* es esa relación de corazón, de amigo, a veces de dirección espiritual, otras veces de consejo; de amistad en la que cual el joven o el cristiano se confía a otro

cristiano, y comparte lo profundo de sus sentimientos: su vida de familia, sus amores, sus esperanzas, sus frustraciones. (En fin) cuando se produce una relación de tú a tú, de amigo a amigo. Esta dimensión intimista es fundamental para que haya verdaderamente fraternidad.

Pero no es sólo un contarse como adolescente los sentimentalismos de su vida, que sería un peligro. Es también *constituir una Iglesia*, una pequeña reunión de Iglesia donde Cristo está presente, donde lo que se comparte en comunidad se comparte en la fe, donde la fe produce esperanza y la esperanza produce amor. Y se crea un clima de fraternidad, un clima de amistad. Ya no es una amistad personal sino que también es un grupo, una pequeña comunidad que empieza a vivir como los primeros cristianos: “¡Mirad cómo se aman!”. Pero tampoco es suficiente esta dimensión de Iglesia, que puede llevar a un egoísmo de grupo, o a una Iglesia encerrada en sí misma.

La tercera pata del trípode es *el servicio al mundo*, el mirar a los demás aunque no compartan nuestra fe: el saber descubrir dónde está el dolor, dónde está Cristo sufriente; donde hay un problema que perjudica a todo el grupo; dónde están las raíces de la injusticia, de la desigualdad, del sufrimiento, y enfrentarlo con valor.

Y entonces tenemos una tercera comunidad de fraternidad, una comunidad eclesial, y una comunidad servidora del mundo. Cuando alguno de estos tres elementos del trípode se exagera, la comunidad se desequilibra; pasa a ser una comunidad intimista, de perfeccionistas que buscan su crecimiento individual; o pasa a ser un grupo de Iglesia cerrada, una secta cerrada al resto; o pasa a ser un grupo político sin ninguna dimensión cristiana y sin ninguna relación fraterna. Es necesario equilibrar estos tres valores para tener una verdadera comunidad eclesial de base.

### *Realidad fecunda.*

Hoy tenemos miles de comunidades en cada parroquia, en cada diócesis; gracias a Dios, miles de comunidades en donde el Espíritu Santo está soplando donde quiere y como quiere; donde está dándonos constantemente ejemplos, testimonios de santos cristianos que antiguamente no llamaban la atención porque nadie los conocía; y donde está produciendo una eclesiología nueva, una nueva manera de mirar la Iglesia. Una Iglesia que no está hecha por entes sin alma, sin rostros, sin relaciones, sin sentimientos; que no está hecha como un ghetto, separada del mundo, aislada de los sufrimientos humanos. Una Iglesia que no se basta a sí misma, ni se sobra haciendo apostolado sobre los demás, como si los demás sólo necesitaran recibir y no pudieran dar nada. Una Iglesia que no tiene el triunfalismo humano del que tiene el poder, el dinero o la influencia, sino que tiene el triunfalismo de la esperanza; que en medio del sufrimiento, de las frustraciones, de la calumnia, de la persecución, tiene la victoria que vence al mundo, y es nuestra fe. Esta Iglesia tan semejante a la que Cristo quiso enseñarle a los apóstoles y que vemos en el Evangelio; que costó tanto que lo entendieran, y no lo entendieron hasta que llegó el Espíritu Santo. Esta



Iglesia es la que don Enrique soñaba y la que empieza a brotar con nuestras comunidades cristianas de base.

¿Cuánto nos falta por caminar? Muchísimo; sólo Dios lo sabe. Cuánto tenemos todavía de egoísmo personal, de egoísmo de grupo, de miradas puramente humanas de la realidad riquísima del hombre; cuánto tenemos de trascendencia desencarnada o de humanismo sin profundidad; cuánto tenemos de obra humana basada en el egoísmo, en la soberbia, en el orgullo, en la prepotencia o en una generosidad desequilibrada de uno; cuánto tenemos de verdadera comunidad, solamente Dios lo sabe.

Pero lo que es indiscutible es que la presencia de don Enrique Alvear, en nuestra Iglesia chilena, nos dejó una enseñanza a través de una vida, un testimonio a través de un servicio, una coherencia a través de todo un camino progresivo de la oración más profunda al compromiso más concreto; de la espiritualidad más seria, más delicada, más sobrenatural a la encarnación más aterrizada de todos los problemas humanos; de un Cristo glorioso, triunfante por la esperanza de un Cristo sufriente y doloroso en el pobre, en el hermano, en el que es perseguido.

¡Cuánto vivió don Enrique esta realidad y cómo hizo la síntesis en su vida personal! Y como la transmitió en su vida pastoral lo están diciendo hoy en día muchas comunidades.

#### *Deudores de un profeta.*

Todos estamos aquí reunidos porque de alguna manera hemos sido amigos, hijos, hermanos de don Enrique Alvear. De alguna manera recibimos su influencia. Y todos podemos decir que esta influencia, precisamente porque fue humilde, porque no la buscó, porque fue un don de Dios, es una influencia que sigue repartiéndose en nuestra Iglesia, y constantemente en todo Chile (hoy basta con llevar un afiche de don Enrique, un escrito, un recuerdo). En su tierra natal, en Cauquenes Coronel de Maule – cerca de Cauquenes – un pueblito que no figura ni en los mapas, allí donde él nació y donde hizo sus primeros estudios y apostolados, allí también hay una comunidad de base que ha redescubierto a don Enrique: aquel hijo que nació en esa tierra de campesinos pobres y que hoy lo ve llegar con todo el prestigio sobrenatural de un santo, y con todo el cariño y el amor de una Iglesia que lo recuerda y lo recordará siempre.

Creo que este testimonio, este servicio a don Enrique nunca lo pagaremos. Y la pastoral de nuestra Iglesia, sólo en la medida en que sea fiel a esta institución y siga caminando por ella, podrá decir que ha recogido el testimonio de don Enrique y lo sigue realizando. Si algo caracterizó a don Enrique fue el no estar nunca tranquilo, estar siempre inquieto al deseo de Dios, el ser profundamente Iglesia peregrina. Buscando siempre humildemente; dudando de sus propias certezas; teniendo miedo de anquilosarse en la historia; saliendo al encuentro del Señor en cada momento porque siempre está vivo, está actuando, y siempre lo decía: “El Espíritu Santo es tan joven, siempre nos gana, siempre llega primero que nosotros”.

En la medida en que seamos esta Iglesia, su testimonio perdurará entre nosotros. Si no, podrá ser un recuerdo histórico, y estamos llenos de recuerdos históricos. Don Enrique no es un hombre para un museo. Es un hombre para la Iglesia viva.

## TESTIMONIOS

MARIA ANGELES MARINON  
**Secretaria Pastoral,**  
**Vicaría Zona Oeste**

### La fuerza de la verdad

Durante este año especialmente, hemos vivido con gran intensidad conflictos que don Enrique ya vivió y debió afrontar. Otros, que si bien no estaban totalmente presentes durante su vida entre nosotros, nos dejó criterios, gestos, palabras de cómo actuar.

Continuamente cuando a nivel personal, en la población, en la Zona misma me he visto enfrentada a tensiones y conflictos le he preguntado a don Enrique: ¿Don Enrique, qué hacemos ahora? ¿Don Enrique, qué harías tú ahora?

Hay algo en su vida que a mí me ha marcado muy profundamente y que quisiera compartir con ustedes: la fuerza de la verdad.

La fuerza de la verdad

Quienes lo conocimos de cerca en el trabajo pastoral podemos dar testimonio de que jamás lo vimos dar un rodeo para evitar conocer la verdad. Bien sabía él, los conflictos y compromisos que esta verdad le traerían.

Por un lado, la verdad personal de cada uno, por conflictiva que esta fuese. Recuerdo muy bien, y días pasados lo conversábamos, el asombro de un laico comprometido en la tarea pastoral cuando le fue a señalar con toda honestidad que no sabía si podía seguir trabajando en el área pastoral en la que estaba porque militaba en un partido político de izquierda. Reflexionaron juntos, no encontró objeción a pesar de las críticas que permanentemente se hacían y le animó a ser consecuente con su compromiso a todo nivel. A ser también levadura cristiana en la organización política. Tiempo después cuando este laico fue víctima de la represión, fue don Enrique personal y públicamente el que acudió a darle el respaldo y compañía que requería en ese momento tan doloroso, tanto como cristiano, como militante político.

Nos insistía en que nunca juzgáramos sin antes conocer bien a fondo los hechos. Que dialogáramos constructivamente, que en la conversación o acciones que debiéramos emprender no fuéramos prepotentes sino todo lo contrario que actuáramos con toda humildad y mansedumbre. Nos decía, que la verdad dicha con humildad, era más fuerte que cualquier otra cosa, que no empeñáramos o desvirtuáramos la verdad con nuestra actitud.

#### La verdad en los acontecimientos conflictivos

Frente a cualquier hecho, masivo o individual acudía rápidamente a informarse, iba al lugar de los hechos (a pesar muchas veces del temor que sentía cuando iba a lugares de detención o ratoneras...), a pesar también de lo conflictivo de su presencia en ese lugar, por ejemplo, en la Huelga grande de los Familiares de Detenidos Desaparecidos. En Lonquén, en el ayuno que hiciéramos los sacerdotes y religiosas en Andacollo, en las huelgas de trabajadores, etc...

No se quedaba con una información de terceros o una fría información estadística (a pesar de que exigía permanentemente una información clara, de las situaciones). Salía a ver, a escuchar directamente, a palpar el dolor, así llegaba a la raíz de los hechos, a sus causas y comprobar sus consecuencias. Nos preguntaba después: ¿qué interpelación nos hacen en este hecho los oprimidos, los pobres, los afectados por la situación? Y en esta interpelación descubría el llamado de Dios a actuar como Pastor, descubría el llamado de Dios a cada uno de nosotros, a las comunidades.

Si recorremos el conjunto de sus cartas pastorales vemos que esto era realmente algo clave en su animación a las Comunidades: siempre relata los hechos con toda su verdad.

#### Conocer la verdad

Esto fue fuente en don Enrique, de innumerables conflictos. Sin embargo, nunca la ocultó por cruda o dolorosa que ésta fuera. Reiteradamente nos enseñaba que “defender el derecho a la verdad y a la justicia es parte integrante de la evangelización”.

La verdad jamás provocó en don Enrique una actitud pasiva o desafiante. Ciertamente lo vimos muy dolido, muy afectado en ocasiones, pero nunca lo vimos en actitud de revancha, o como diciendo, este problema no tiene nada que ver con nosotros. Cualquier problema grande o pequeño encontraba eco en él si de por medio había un atropello o un deterioro de la dignidad, de la persona humana. No evadía los problemas a pesar de las críticas o prejuicios que le decían o que si era usado políticamente, que si se aprovechaban de él. Don Enrique no dejaba pasar el tiempo hasta tener una total claridad. Frente al dolor actuaba con audacia y sin perder tiempo. Cuando nosotros, a veces, éramos demasiado calculadores nos decía: primero hay que aliviar el dolor, el sufrimiento, después ya reflexionaremos serenamente. Su audacia, y de esto puedo dar testimonio, nunca fue algo irracional; sabía muy bien por qué lo hacía y sabía los conflictos y tensiones que este actuar acarrearía.

La verdad que don Enrique encontró en los que llamaba “el grito de los pobres y la justicia de su causa”, creo yo, que es que le hizo vivir permanentemente en nuestra Zona Oeste, sumido en tensiones y conflictos; no fue nunca él conflicto, el conflicto estaba ahí en la verdad de los pobres, en su justa causa. Por eso se vio enfrentado a conflictos

permanentes: con las autoridades, con el poder; en sus encuentros con la Jerarquía eclesial; muchas veces también en las mismas comunidades de la Zona que no entendíamos el compromiso y la línea evangélica a la que nos invitaba; tampoco evadió el conflicto en las organizaciones populares.

Cuántas veces lo vimos en la Zona, o en la población reflexionando con los dirigentes y organizaciones populares. Con gran caridad y respeto les hacía ver aquello que a su juicio impedía o restaba un buen desarrollo y participación de la organización popular. Les animaba a seguir.

Recuerdo muy bien una ocasión en que había llegado a un acuerdo con los dirigentes de una toma de terreno, habían llegado a algunos acuerdos en la Municipalidad y posteriormente los dirigentes actuaron en forma contraria. Cosa rara en él interrumpió una sesión nuestra de trabajo y con gran firmeza nos dijo:

“Ustedes que pueden tener relación con los políticos, díganles de mi parte que ésta no es una toma de poder político. Que sean dirigentes honestos, este es un drama humano con el que no se juega. Yo seguiré apoyando, pero que no le jueguen chueco a nadie”. Después él mismo conversó con ellos y avanzó la organización.

Hoy cuando los conflictos y tensiones en la Iglesia en nuestro pueblo se han agudizado quiero pedirte, don Enrique, que nos sigas dando esta fuerza de la verdad tan propia de ti.

Que la verdad, querido don Enrique, nos haga libres y capaces de asumir los conflictos como lo hiciste tú.

2ª. Semana Teológica 1984

I.GUTIERREZ

### **La opción por los pobres y el conflicto En don Enrique Alvear**

A la hora de tocar el tema “Enrique Alvear y los conflictos” a que le aboca la opción preferencial por los pobres, yo quisiera en primer lugar hacer un acercamiento a su persona. Cuantos le hemos conocido sabemos que por temperamento no podía calificársele como el temperamento de persona conflictiva; era una persona de temperamento manso, de hablar discreto, no altisonante; no era tampoco un líder que pretendiera tener un protagonismo y buscara este protagonismo en la acción social, sino que el rasgo que más le caracteriza, o el conjunto de rasgos que dan mejor cuenta de quién es él y su modo de actuar lo califica, por sobre otras acepciones, como pastor. Pastor que va asumiendo su contexto histórico, que lo va asumiendo desde los niveles casi más insignificantes; por ejemplo, cuando llega a la Zona Oeste después de haber estado delicado de nuevo, de una enfermedad al pulmón, y un conjunto de amigos y amigas trata de preocuparse por el lugar donde va a residir en la Zona y le ofrece variadas alternativas.

El elige vivir quizás en la alternativa, desde el punto de vista de la salud, peor: Pudahuel. Con su ambiente húmedo en el invierno, que no es el más recomendable para quien ha sido ya más de una vez enfermo del pulmón. El quiere ir asumiendo el contexto en el que vive la gente a quien va a acompañar, y es por eso que desde esos niveles pequeños, personales, él va a ir asumiendo ese contexto nuevo en el que le toca pastorear. Pero también va a intentar ir asumiendo la globalidad de todo el contexto en el que van viviendo las personas a quienes le toca acompañar como Obispo.

Desde muy pronto comenzará a visitar las comunidades, comunidades que ya cuando llega don Enrique tienen cierto cerco, una cierta opinión propalada: las comunidades de la Zona Oeste tienden a ser bastante “políticas”. Y él será el testigo que inmiscuyéndose en la vida de las comunidades, detectando lo que pasa en ellas, conociendo la reflexión de esas comunidades, se irá dando cuenta que esa opinión propalada no es una opinión que tenga que ver, que se compadezca con la verdad. Buscará en todo su quehacer, junto con esas comunidades con las que se ha encontrado, la identidad de la iglesia; y es precisamente esta búsqueda de la identidad de la Iglesia la que a él le lleva a interrogarse acerca del papel que estas comunidades de Iglesia deben desarrollar en medio de un contexto histórico, colectivo.

Quienes hemos vivido cerca de don Enrique, o quienes nos hemos topado circunstancialmente, siempre podremos afirmar que su misión estuvo caracterizada por el deseo de evangelizar; es decir, deseó anunciar al verdadero Dios de Jesucristo; y aquí comienza la dificultad y comienza el conflicto, porque no es nada obvio quién es ese Dios verdadero de Jesucristo. Vivimos en un continente y en países donde Dios está en boca de todos, donde todo el mundo es creyente, donde hasta los regímenes más represivos se auto titulan cristianos. El problema de la evangelización no es el ateísmo, como se conoce en otras latitudes, sino que el problema fundamental reside en la idolatría; el problema no está en saber si Dios existe, todos lo confiesan, todos dicen creer en él, sino saber en este continente dónde este Dios quiere estar y quiere ser encontrado. Y este Dios de Jesucristo pide que con preferencia nos preocupemos de las masas abandonadas, de los pobres.

Hay dos categorías fundamentales a las que don Enrique alude permanentemente en sus Cartas y en toda su catequesis, para ir descodificando este verdadero Dios de Jesucristo; una de las categorías que usa es el **EXODO** y la otra será la **RESURRECCIÓN**.

¿Qué características tiene ese Dios del Éxodo? En primer lugar –y este Dios irá impregnando todo su hacer pastoral- es un Dios que escucha el clamor de su pueblo oprimido, es un Dios que no sólo escucha sino que conoce el dolor de ese pueblo oprimido, es un Dios que no es abstracto ni lejano como el de la idolatría, es un Dios que sabe, porque ha escuchado, cuántos son los que sufren en nuestros países, cuántos son los detenidos-desaparecidos y dónde están esos hijos, cuántos los cesantes y su historia personal; y un Dios que se duele, que no se le es capa ningún quejido humano por insignificante que pareciera. Este Dios del Éxodo, que enfrenta al Dios de la idolatría, no sólo es un Dios que escucha el clamor y que conoce el clamor que ha escuchado, sino que también es un Dios que no se cruza de brazos una vez que ha escuchado, sino que tiene un plan liberador y que es un Dios fiel, fiel a este plan de liberación del pueblo. Fiel en medio de las dificultades que ponga el Faraón para impedir la libertad del pueblo, fiel aun del mismo pueblo, que lleva dentro el estigma de la opresión y vuelve su mirada hacia Egipto porque le aterra vivir

en pasos de libertad, en la inseguridad de construir cada día sin recetas, reinventando la historia, no viviendo de recuerdos del pasado que son recuerdos de tristeza y de esclavitud. Un Dios que no se amilana porque en Jericó estén las fortalezas llenas de soldados: ¡caerán las murallas de Jericó! Un Dios que es fiel a su proyecto liberador aunque el culto intente manipularlo y hacer de él un Dios chato y pequeño, preocupado del incienso o de la ofrenda y olvidado de la vida del hombre.

Estas características del Dios del Éxodo son características que van impregnando la labor pastoral de don Enrique frente al clamor de los pobres de su Zona, por eso que él siempre estará atento a escuchar el quejido, aun el más insignificante, y a escucharlo contemplativamente, a escucharlo viendo más al fondo de la materialidad de ese quejido, sin olvidarse de esa materialidad. Un hombre que intentará no conformarse con cifras ni con estadísticas, sino que intentará llegar, palpar, asumir, la cualidad del sufrimiento y la cantidad de los botados en la calle; un hombre que no se cruzará de brazos sino que será fiel a este gemido que ha escuchado, por fidelidad al Dios de la historia y a este pueblo por el que Dios ha optado.

Una segunda característica –decía– es el término Resurrección. ¿Qué acentos tiene ese Dios de la resurrección? Yo diría que aquí don Enrique nos abre al culmen de su experiencia de su espiritualidad; no nos habla sólo del resucitado sino que nos habla siempre del crucificado-resucitado, como el nuevo Éxodo y el definitivo triunfo; nos habla de que el clamor de un pobre que ha sido expulsado de la ciudad que quería transformar y ha sido anatematizado por el poder y los piadosos, Jesús, ha sido escuchado por Dios y Dios ha optado por él y por su historia. Dios ha asumido a este pobre hecho pecado, este pobre hecho muerte, a este pobre hecho debilidad, a este pobre convertido en conflicto y en rechazo por los suyos. Y lo ha asumido haciéndolo propia vida de Dios; Jesús es la propia vida de Dios, es la misma Santidad de Dios, es la flaca fortaleza de Dios. El Padre se pone del lado del rechazado y en Jesús asume el conflicto de nuestra sociedad que lo tirado sobre una Cruz. Lo asume, lo consagra y constituye en el Señor de la historia y en Él se nos desvela el horizonte antropológico de la verdadera humanidad. No sólo Dios es el que escucha el clamor, no sólo es el que tiene un proyecto liberador y es fiel a ese proyecto de liberar al pueblo, sino que Él mismo asume en Jesús la historia del pueblo, todo el conflicto de este pueblo, y lo hace propia vida de Dios. Desde ese día el conflicto y el rechazo de Jesús y del pueblo de Jesús es rechazo sobre Dios y es conflicto asumido por Dios como propio.

Seguir a Jesús desde entonces y a la vista de lo ocurrido no se hará sin pagar un precio frecuentemente alto, comenzarán las constantes tensiones con los hombres del poder y las constantes tensiones con sectores que giran en torno al poder. Comenzarán las sospechas, igual que del maestro de quien dijeron que estaba poseído por un espíritu inmundo. También no será difícil, sino frecuente, el que tilden el Ministerio de quien sigue al maestro de estar infiltrado, o de no ser el hombre puro y el pastor santo que conocimos, sino de dejarse infectar por el lodo del camino. Este conflicto no es sino entre el poder y el pueblo, entre el poder y los hermanos del crucificado. Y por esto cuando la Iglesia se pone de parte del crucificado y de los que son hermanos del crucificado ese conflicto se traspa a la Iglesia, y por ello que esta Iglesia jerárquica comienza a sufrir en sí lo que por tanto tiempo ya lleva sufriendo el cuerpo total de Cristo.

Pero, ¿por qué se da el conflicto? Sencillamente porque en la actuación, en los gestos, en los hechos y en las palabras se quiere seguir a Jesús y se quiere escuchar y liberar y hacer propio los dolores de Cristo en sus hermanos de destino, dejando patente, a través de los hechos y de las actuaciones, que quien es soberano de nuestra vida sólo es Dios, y que el camino que hemos tomado es el mismo camino de asumir el dolor y hacerlo propio, que ha recorrido el mismo Dios a través de la historia que nos cuenta la Sagrada Escritura.

Enrique Alvear mira al hombre y mira el mundo desde la mirada de Dios. No lo mira ensimismado, desde sí mismo, sino que lo intenta ver desde la mirada del hombre para los demás. Por eso la sociedad, que dominada por el poder y por los grupos cercanos al poder sólo quiere poner remiendos, cuando se siente presionada a buscar soluciones más de fondo, igual que ocurre hoy, se siente amenazada por quien a través de su vida anuncia una novedad, un estilo de vida completamente nuevo, diferente, que no puede pactar con el remiendo porque el remiendo echa a perder. De aquí la libertad con la que Enrique Alvear enfrenta a los conflictos que le toca vivir. Libertad para dejar de manifiesto frente a una política de remiendos que la soberanía de Dios, que el reinado de Dios viene a cambiar las cosas cualitativamente. En segundo lugar, que la soberanía de Dios nos llama a que vivamos los valores del reinado de Dios en profundidad y sin arreglos ideológicos que sirvan para mezclarlos con cualquier coyuntura y bajarlos de precio. Aún recuerdo sus palabras en una homilía, después de que habían detenido al joven Almendras, en la Parroquia San Gabriel; allí expresaba algo que fue “leit motiv” permanente: “frente a la violencia, no se dejen tomar por ella; no se dejen modelar por quien se ha hecho el enemigo de ustedes; no tengan miedo a quienes matan el cuerpo, tengan miedo a quienes pueden pudrirles el alma, a quien no sólo les puede robar el cuerpo sino que les pueden hacer semejantes a ellos; no se hagan como Caín; la única esperanza de Abel es que haya más Abel sobre la tierra; no transen la verdad, no transen su deseo de paz, hablando de media paz y viviendo con media verdad”.

Esta libertad para anunciar la novedad de vida frente a los conflictos que le tocó vivir es también lo que le hace, en un 1º de mayo del año '80, -en que la desunión del mundo sindical es fuerte y que los grupos dirigentes parece que no escuchan el clamor unitario de sus bases- que él asuma esa realidad y que desde ahí, firme y duramente descalifique a quienes se han hecho portavoces de un pueblo que pareciera se siente defraudado, por no haber sido suficientemente escuchado en su clamor y porque quienes debieran ser sus representantes hoy están más bien buscando como un protagonismo o un lucimiento personal, olvidándose de la causa mayoritaria del pueblo trabajador. El se hace y se erige ahí en voz de grandes conjuntos de personas que no son escuchados por los dirigentes de esas mismas masas.

Esa misma libertad para vivir, esa soberanía, esa novedad, ese estilo nuevo lo lleva también a don Enrique a asumir otro tipo de situaciones que él por honestidad de vida debe asumir. En mayo del año '78 un grupo de hermanos sacerdotes y religiosas creen en conciencia que su obligación es solidarizar con los familiares de detenidos-desaparecidos en huelga de hambre y a él le causa profundo dolor y extrañeza que esta decisión se haya tomado por hermanos suyos, por hermanas suyas, no habiendo conversado de esta medida. En la carta que les dirige y en los sentimientos que le envuelven frente a este hecho, no busca un protagonismo en esa acción como que hubiera sido desplazado, no busca tampoco

una reparación en su amor propio herido. Busca algo muy de fondo: la unidad y la identidad de la Iglesia en medio de los conflictos que se van viviendo; la comunión de quienes han vivido escuchando el clamor de este pueblo y que no están de brazos cruzados Frente a este pueblo; va buscando el que la actuación de todos nosotros sea límpida y transparente y que anuncie un modo distinto de vivirse desde Dios, en el actuar. Y expone con enorme mansedumbre y sencillez su punto de vista: No es un hombre que se esconda por miedo a plantear lo que cree que es verdad, lo que es su punto de vista; será provisorio mientras habla y escucha, discernirá junto con otros cuál es el querer de Dios, intentará estar a la escucha permanente de ese Dios que lo acompaña hoy en medio de los conflictos en que se siente sumido por su realidad de pastor, para actuar como un hombre absolutamente tranquilo y tomado por entero por esos valores y ese nuevo estilo del reinado de Dios.

Este asumir del conflicto no sólo lo llevará a pasar por momentos de inseguridad, como los ocurridos en Riobamba y al arribo aquí en el aeropuerto de Pudahuel. Le hará superar el miedo para entrar en una ratonera de la C.N.I. y para saber ir a los Primeros de Mayo, aunque esto le lleve a ser sacado de su camioneta y puesto contra la pared.

El sabe –y creo que este es un gran aporte que él nos da a nosotros- que vive en un mundo conflictivo que él no inventa, como sabe que Jesús vivió en un mundo conflictivo que El no inventó. Sabe que su maestro por ser fiel a esa novedad de vida de Dios, que no se conforma con remiendos, tuvo que enfrentar el conflicto y asumirlo en su propia vida. Le da fuerzas para asumir el conflicto hoy, en su propia vida, no sólo mirar como Jesús lo va asumiendo, sino también ver que el conflicto de Jesús es para siempre el conflicto asumido por Dios. Verá además que este mismo Dios le llevará a asumir el conflicto hasta dar su propia vida. Como lo dice él al final de su carta sobre el conflicto: que el Padre acepte por su Reino y por nuestros hermanos nuestros sacrificios, hasta el grado de inmolación que él necesite de nosotros.

Siento que don Enrique no sólo lo asumió a través de su actividad pastoral, no sólo en medio de la defensa valiente y limpia de su pueblo, sino que también lo supo asumir y trascender en el momento de su enfermedad y de su muerte, donde ahí el poder de la muerte quedó vaciado por cuanto él supo desde el nuevo estilo del Reino, vivir y transformar su propio sacrificio y su propia inmolación, junto con los de Cristo, en definitiva resurrección.



2ª. Semana Teológica 1984

MÁXIMO PACHECO  
**Abogado**  
**Comisión Chile de Derechos Humanos**

**El amor a la verdad, a la justicia,  
 Al derecho**

El jueves de noviembre de a, alrededor de las diez horas, recibí, en mi estudio de abogado, una invitación del Arzobispado de Santiago, por encargo de su Eminencia el señor Cardenal Arzobispo de Santiago, don Raúl Silva Henríquez, para que concurriera a una reunión que se verificaría en la Vicaría de la Solidaridad a las horas de ese día.

A la hora indicada concurrí al lugar de la citación, donde se encontraba el Obispo Auxiliar de Santiago, don Enrique Alvear; el Vicario de la Solidaridad, Cristián Precht; el Secretario Ejecutivo de la Vicaría de la Solidaridad, don Javier Luis Egaña; el abogado jefe del Departamento Jurídico de la Vicaría de la Solidaridad, don Alejandro González; el Director de la Revista "Que Pasa", don Jaime Martínez y el Subdirector de la Revista "Hoy", don Abraham Santibáñez.

El Vicario de la Solidaridad informó a los participantes que un sacerdote había recibido la denuncia de un particular sobre "la existencia de un cementerio de cadáveres en la localidad de Lonquén", cerca de Calera de Tango, cuya ubicación precisa le había proporcionado. Ignoraba el denunciante la forma y circunstancias en que había ocurrido la muerte de las personas enterradas. Este sacerdote, autorizado expresamente por su informante, había puesto los antecedentes en conocimiento de la autoridad eclesiástica.

Ante la gravedad de los hechos denunciados, el señor Cardenal don Raúl Silva Henríquez había decidido formar una Comisión integrada por las personas que asistimos a la reunión, para que verificara la acusación.

Todos los comparecientes aceptamos el encargo y nos retiramos de las oficinas de la Vicaría, para dirigirnos, en dos automóviles, al lugar referido, ubicado más o menos 50 kilómetros de Santiago.

Alrededor de las 13.30 horas llegamos al pueblo de Lonquén, enclave de unas pocas casas, en medio de una geografía agreste, acordonada por cerros, y allí tomamos un sendero de tierra, que sale del camino público y, después de aproximadamente 10 minutos de marcha, detuvimos los automóviles.

En medio de un potrero encontramos una construcción, con dos antiguos hornos, en forma de torres, que aparentemente estaban abandonados y debieron haber servido para el tratamiento de minerales, hechos de ladrillos y revestidos de piedra, de una dimensión aproximada de 8 metros de altura y 4 metros de diámetro. Fueron construidos a comienzos de este siglo, en los faldeos de un cerro.

Su presencia en ese entorno geográfico, guarda relación con la circunstancia que, desde larga data, se explotaron en la zona recursos mineros, como lo da a entender el propio nombre de la cercana localidad de Calera de Tango.

Subimos por la ladera del cerro y desde allí nos introdujimos a la parte superior del primer horno, que tenía una capa de tierra consolidada, una costra de cemento y piedras superpuestas. Con la ayuda de palas, picotas y chuzos, que habíamos traído especialmente, en consideración a la denuncia formulada, cavamos y, luego de romper alrededor de 50 centímetros, en una parte contigua al muro, decidimos poner término a la faena, porque no encontramos nada y la atmósfera se hacía muy pesada.

Luego descendimos por la misma ladera y procedimos a cavar, en la parte inferior del segundo horno, donde estaba ubicada la boca, y allí pudimos comprobar la existencia de restos humanos: un cráneo que tenía adherido un trozo de cuero cabelludo, liso y de color negro; un hueso, aparentemente un fémur; trozos de telas y piedras impregnadas de una materia aceitosa, algunas de las cuales tenían adheridas materia orgánica y cabellos humanos. La tierra extraída por nosotros era de color negro y el horno despedía emanaciones de mal olor.

Continuamos cavando y logramos abrir un forado, que conducía a un vestíbulo de ladrillo o de otro material, a través del cual miramos al interior del horno, iluminados con una antorcha que fabricamos con papel de diario; y, semiarrodillados, pudimos comprobar, cada uno, que allí había un hacinamiento de huesos entrelazados y un cuerpo humano cubierto de una tela muy oscura, cuyo deslizamiento era impedido, al parecer, por un estrechamiento del interior del horno en su parte inferior.

Los presentes quedamos muy impresionados por este macabro hallazgo, al punto que debí apartarme y buscar refugio debajo de uno de los pocos árboles que existían en el lugar, para sobreponerme.

Allí me encontré con monseñor Enrique Alvear, cansado, pálido, con un pañuelo sobre su cabeza. Es esta –le dije– una de las impresiones más grandes que he tenido en mi vida; estoy a punto de desmayarme. Monseñor me contestó: “Yo estoy igual que Ud. Nunca imaginé que iba a ser testigo de un hecho tan horrible; de un desprecio tan grande por la dignidad del ser humano. A pesar de lo mal que nos sentimos los dos, le propongo, me dijo, que recemos a Dios por el descanso eterno del alma de estos hombres, cuya identidad aún no conocemos y roguemos, también, por sus victimarios”. Al término del Padre Nuestro, ambos estábamos llorando.

Con posterioridad repusimos las osamentas y las piedras en su lugar de origen, y cerramos la boca del horno mediante la acumulación del material extraído.

En esta forma, dimos por finalizado nuestro objetivo y regresamos a Santiago, a donde llegamos alrededor de las cinco de la tarde. Posteriormente informamos a su Eminencia el señor Cardenal sobre el resultado de nuestra misión.

Al día siguiente, el Obispo Auxiliar de Santiago, don Enrique Alvear, el Vicario Episcopal, don Cristián Precht, el abogado don Alejandro González y el suscrito hicimos una presentación al Presidente de la Excelentísima Corte Suprema, poniendo estos hechos en su conocimiento, a fin de que se adoptaran las medidas que aseguraran una rápida y exhaustiva investigación.

La entrevista fue dramática. Don Israel Bórquez, después de escuchar a Alejandro González y al suscrito, nos dijo: “Qué se han imaginado ustedes. Creen que cuando uno

encuentra un hueso en el jardín de su casa puede dirigirse al Presidente de la Corte Suprema para denunciar el hecho. Esto es inaceptable”.

Luego, dirigiéndose en forma aireada a monseñor Enrique Alvear, le expreso: “Señor Obispo, cuando usted tenga algún problema judicial de naturaleza penal debe asesorarse de buenos criminalistas antes de formular una denuncia”.

Tomé la palabra y le manifesté: “Señor Presidente, la denuncia que le hemos formulado no está dirigida a Ud. sino al Pleno de la Corte Suprema. Le rogamos darla a conocer a éste”.

Don Ismael Bórquez tomó nuestro escrito, lo arrugó en su mano y salió de su oficina sin despedirse de nosotros y dando un portazo.

Nos quedamos perplejos. Alejandro Gonzáles y yo humillados e iracundos. Monseñor Alvear muy tranquilo nos instaba a mantener la serenidad y a confiar en la justicia.

La Excelentísima Corte Suprema, reunida en Tribunal Pleno, adoptaba, minutos después, por unanimidad, la siguiente resolución: “Remítanse estos antecedentes al Juzgado del Crimen de Talagante para que instruya el sumario respectivo, por corresponderle su reconocimiento. El juez procederá de inmediato a constituirse en el lugar de los hechos y practicará, con la mayor premura, las diligencias investigatorias que fueren pertinentes”.

Durante un año se tramitó el respectivo proceso judicial sucesivamente ante el Juzgado del Crimen de Mayor Cuantía de Talagante el Ministro en Visita de la Ilustrísima Corte de Apelaciones don Adolfo Bañados y el Segundo Juzgado Militar de Santiago. A resultas de él, se logró identificar quince cadáveres, correspondientes a personas que habían sido detenidas por Carabineros.

Por resolución de la Justicia Militar, el 2 de julio de 1979, se encargó reo y se sometió a proceso al capitán Lautaro Eugenio Castro Mendoza y a otros carabineros, en calidad de “autores del delito de violencias innecesarias causando la muerte en las personas mencionadas”.

Por sentencia del 16 de agosto de 1979, pronunciada por el Juez Militar, General de Brigada don Enrique Morel Donoso, y por el Auditor de Ejército don Joaquín Eribaum Torres, se sobreyó total y definitivamente a favor de los carabineros, en mérito de lo dispuesto por el Decreto Ley 2.292, de 1978, que legisló sobre amnistía.

Esas fueron las circunstancias de este encuentro con Monseñor Enrique Alvear.

La imagen que recuerdo de él es la de un hombre sereno, bondadoso, luchador incansable por la justicia, con un inmenso amor a Dios y a los hombres.

Monseñor Enrique Alvear era un hombre que actuaba inspirado por el amor a la Verdad, a la Justicia y al Derecho y con el convencimiento que la convivencia fraternal se consigue únicamente a través del respeto a la dignidad de la persona humana.

Monseñor Enrique Alvear, con su palabra y con sus acciones, nos enseñó a liberarnos del odio que lleva a los hombres a la muerte y a trabajar unidos en la construcción de una sociedad fraterna, fundada en el amor.

Monseñor Enrique Alvear traslucía la imagen de la santidad.

2ª. Semana Teológica 1984  
ALICIA SANHUEZA  
**Equipo Solidaridad Zona Oeste**

Quisiera empezar diciendo, que lo que aquí voy a contar, forma parte de uno de los tantos momentos que como integrante de la Pastoral de Solidaridad, viví junto a don Enrique.

Asumo un cargo de responsabilidad pastoral en la Zona Oeste, lo que me significa conversaciones, encuentros muy matizados por tener yo un carácter muy vehemente e impulsivo, cosa que hacía que continuamente debía don Enrique, con mucha paciencia y comprensión, frenarme y hacerme notar que debo respetar el proceso de la gente, aunque eso significara ir más lento. Así, cada vez fue aumentando mi confianza en sus consejos y la necesidad de compartir con él mis anhelos e inquietudes, que se fueron luego traduciendo en compromisos concretos en el quehacer social del país.

Es así como el día 18 del mes de noviembre de 1981, al mediodía, mi casa fue allanada por un gran número de agentes de la C.N.I. En ese momento me encontraba acompañada por mi hija de 22 años. Después de ser largamente interrogada, fui sacada de mi domicilio junto a mi hija y llevada al cuartel de General Mackenna. Allí nuevamente fui interrogada y llevada a un húmedo calabozo. Todo esto en medio de golpes y groserías por mi compromiso social y con la Iglesia. En la noche, fui llevada junto a mi hija, uno de mis hijos y dos jóvenes más de la Comunidad Cristiana a un lugar secreto de la C.N.I.

La experiencia vivida en la C.N.I. y sus cuarteles secretos, son aquellas cosas que ponen a un ser humano en la disyuntiva de creer que realmente somos todos hijos de un mismo Padre Dios y por lo tanto hermanos.

Viví la experiencia de despojo, sentirse físicamente desnuda, en una celda pequeña, escuchando los gritos de quienes están siendo torturados. Tener la incertidumbre y la certeza a la que son mis hijos. La impotencia frente a la injusticia, la sensación de sentirse indefenso frente a quienes lo tienen todo a su favor, las ganas de gritar realmente mis derechos, el miedo que invade el cuerpo y el alma.

Pero había una lucecita de esperanza. Yo sentía que en medio de toda la oscuridad, el Señor no me había abandonado y que don Enrique estaba haciendo algo y más de algo; yo sabía que me buscaría, que se jugaría aunque eso le significara problemas, ya lo había hecho antes. Don Enrique se jugaba siempre por sus amigos y oyera su amiga.

Mientras tanto, claro que don Enrique se interesó por mí y ¡cómo se interesó!, llegó hasta mi casa donde aún permanecían agentes del C.N.I.; los enfrentó preguntándoles dónde me habían llevado y de qué me acusaban. Llamó a las comunidades de la Zona pidiendo al Señor por esta hermana, que junto a su familia pasaba por una situación aflictiva. Se entrevistó con las autoridades máximas de la C.N.I. pidiendo mi libertad y la de los míos.

Su confianza en el Señor era tan grande que el día viernes 20 en la tarde, llamó a una Eucaristía en mi Parroquia, Jesús Maestro, donde convidó a todos a orar y confiar en el Señor. La Homilía que entregó a quienes le acompañaron ese día es entre otros, el tesoro que guardo con más cariño, porque me hizo comprender cómo don Enrique había calado en vida y en mi compromiso.

Contra toda esperanza, porque la hora avanzaba, él esperó mi llegada y tuve la alegría inmensa de ser recibida en sus brazos como un padre cariñoso que recibe a quien en esos momentos más lo necesitaba.

Yo sé que no es fácil enfrentar estas cosas, hay toda una concepción conflictiva del quehacer social de los cristianos. Me imagino que don Enrique habrá tenido más de algún problema, nunca me lo dijo. Pero si puedo hoy día estar aquí con ustedes, compartir esta experiencia es gracias al gran cariño, al apoyo sin condiciones que don Enrique me brindó, los que fueron decisivos para mi recuperación tanto física como espiritual, para creer nuevamente en la vida y en los hombres.

Gracias don Enrique por haberme dado su tiempo, su cariño y compromiso en testimonio de la verdad y la justicia.

2ª. Semana Teológica 1984

HUGO FLORES  
Dirigente Poblacional

### **Cristo no tiene casa**

A mí me tocó la dicha de conocer y trabajar muy cerca de don Enrique Alvear, en el campo poblacional de la Zona Oeste, a partir del año 1977, cuando en una Jornada Pastoral tuvimos la oportunidad de hablar bastante rato sobre el problema poblacional.

Ya en esos tiempos estaban sucediendo muchas arbitrariedades por parte del Estado con las familias pobladoras; había desalojos masivos, el problema de las familias sin casa crecía. Por otro lado, eran cientos de familias que se encontraban con el dividendo impago, el agua y la luz cortada, como consecuencia del gran flagelo de la cesantía reinante.

Ante todo este cuadro macabro para los pobladores de la Zona Oeste, don Enrique me dijo algunas frases que todavía recuerdo perfectamente, porque me golpearon en lo más profundo de mi ser: “Hugo, si tú tienes casa y eres cristiano, no puedes quedarte tan tranquilo, porque hoy día Cristo no tiene casa y está siendo humillado en cada uno de tus hermanos que no tienen donde vivir”. Y siguió diciéndome que, “para que exista una verdadera Paz entre todos nosotros los hombres, teníamos que ver en cada uno a otro hermano y, más todavía, al mismo Cristo del cual éramos seguidores”.

Fue así como aprendí a escuchar el llamado del Señor en un momento histórico tan difícil para nosotros los pobladores; me incorporé, con la venia de don Enrique, en las Comisiones de Vivienda. Primero en mi Parroquia “santa Cruz” de la Población Los Nogales, organizamos a los sin casa, formamos Comités de deudores de agua, luz y dividendos. Después nos proyectamos en toda la Zona.

Hubo cientos de hechos donde me tocó actuar junto a don Enrique, en la defensa de los pobladores y en la organización de ellos, pero hoy día quisiera referirme sólo a dos como

muestra de la entrega que él tenía por aquellos, los más pobres, que no tenían ni siquiera voz.

Una sucedió en el año 1978 y la otra en el año 1981.

En la primera, cuando cerca de medianoche, sin ningún aviso previo, se hicieron presentes las fuerzas policiales en la población San Luis de Las Condes y, en un operativo sin nombre, sacan de sus casas a 112 familias, de las cuales a 17 de ellas las fueron a votar a unos potreros al extremo sur del aeropuerto de Pudahuel, terminando esta operación a las 03.00 de la madrugada, en medio de los llantos de las guaguas y de la impotencia de las madres ante este ultraje a la dignidad de la persona. Llegó don Enrique para hacerlos sentir de nuevo seres humanos.

La otra fue un 14 de enero, estando yo fuera de Santiago, me impuse de una toma de terreno que se había producido en Pudahuel Sur y que parte de los sin casa se habían asilado en un patio de juegos infantiles de la Parroquia Luis Beltrán. Al trasladarme rápidamente a Santiago y entrevistarme con don Enrique, me volvió a golpear, porque con una humildad y sencillez increíbles me informó de todo lo que había pasado y lo que a él le preocupaba en esos momentos, y repitió algunas frases suyas: “la Iglesia no promueve ni organiza tomas, pero en ésta que se produjo no podemos dejar a los pobladores solos. Hay que instalarles agua, ver el problema de alcantarillado que no está hecho para estas 300 nuevas familias, que ocupan terrenos de la Parroquia.

Como la falta de respeto por la persona pobladora la había en todas partes, yo entendí que había que organizar a los pobladores con el fin de que se sintieran más personas y, por otro lado, para cumplir con lo que don Enrique decía: “que al hombre había que ayudarlo a encontrar una respuesta que fuera completa y que este hombre tenía que convertirse en el agente de su propia historia, no quedarse fuera de ella”; y al no tener organizaciones formales que lo orientaran como personas (por ejemplo las juntas de vecinos, centro de madres, etc.), había que crear las informales para que a través de ellas pudieran expresar su dolor y el de su familia, el poder darles un lugar, un espacio donde pudieran sentirse verdaderamente hermanos.

Para resumir, si a mí en estos momentos ustedes me preguntan por qué cambio mi vida, yo sólo tengo que contestar o simplemente decirles que doy gracias a Dios Padre por haberme dado a mí, este insignificante hombre pecador, la oportunidad de conocer y haber estado al lado de Cristo, porque no me cabe la menor duda que la presencia de don Enrique fue la presencia y el paso de Cristo en medio de nosotros.

2ª. Semana Teológica 1984

DOMINGO VILLEGAS  
**Ex Dirigente Sindical**

### **Rostros de Trabajadores**

El que le habla es un hombre que se encuentra cesante desde hace dos años; trabajé durante 26 años en la Empresa de Ferrocarriles del Estado y por un error que cometí se me aplicó el Decreto 2.200, saliendo de ella sin derecho a indemnización alguna. Ante lo sucedido descubrí lo difícil que es para los poderosos saber perdonar, y que mientras uno les sirve le soban la espalda, pero si pueden pegarle la puñalada no vacilan en pegársela. Durante esos 26 años de trabajo estuve afiliado a la Federación Santiago Watt.

Quiero esta gran noche comenzar agradeciendo a Dios la oportunidad que me da esta Semana Teológica de dar testimonio sobre la vida de don Enrique en el plano laboral. Cada vez que me toca recordar los hechos de vida de este gran amigo y pastor lo siento tan vivo, tan cerca t caminando con nosotros. Su testimonio, sus palabras y sus homilías no pierden vigencia.

La clase obrera, como nunca en la historia, durante estos últimos diez años ha sido pisoteada y despojada de sus derechos. Ante esta situación de injusticia la Iglesia comienza a preocuparse y mientras algunos dicen nos duele esta situación, don Enrique hace suyo el dolor de un pueblo oprimido y lo asume con todas sus consecuencias. Don Enrique pasa a ser la voz de los sin voz; en el plano laboral pasa a solidarizar con los trabajadores en huelga que exigen un salario justo y el mantenimiento de sus derechos logrados a través de muchos años de lucha sindical. Tenemos el caso de Good Year, Panal, Fanaloza y otros.

Cuando sus dirigentes fueron presos o asesinados –como el caso de Tucapel Jiménez– supo estar presente, compartiendo el dolor de su familia y de sus compañeros de trabajo.

En los Primeros de Mayo siempre estuvo junto a los trabajadores que desean celebrar su fiesta anual a pesar de las prohibiciones oficiales. Quiero recordarles algunas de las homilías de don Enrique.

En la homilía del 1º de mayo de 1974 don Enrique nos decía que en cada época los cristianos debemos escuchar el grito de los pobres. En la homilía del 1º de mayo de 1979 el gobierno prohibió –como lo había hecho en otras ocasiones– cualquier concentración pública de los trabajadores, y para conmemorar el 1º de mayo los dirigentes de cuatro importantes organizaciones, a pesar de la prohibición, resuelven realizar celebraciones públicas. Recuerdo de que nos juntamos en la plaza de Los Héroes, donde fuimos violentamente reprimidos y nos cobijamos en la Basílica de El Salvador. Ahí había desconcierto, y hasta allá llegó don Enrique a traernos paz y tranquilidad e incluso intercedió por nosotros ante la fuerza policial para poder retirarnos a nuestros hogares, porque no nos dejaban salir. El 1º de mayo del '80, en Jesús Obrero, la homilía de don Enrique se refirió a la clase trabajadora que pasaba por graves problemas; había problemas de unidad, había debilidad de organización y un pesado costo social que imponía el sistema. Esa vez don Enrique nos decía que las divisiones no se producen en las bases sino que son ocasionadas, en gran parte, por motivaciones políticas que se buscan el apoyo sindical; en

el sectarismo político; y en lugar de estar el partido al servicio incondicional de toda la clase obrera, este subordina los intereses de clase a los intereses partidistas. La clase trabajadora debe tener una convicción muy profunda de que la conciencia de clase está por encima de la conciencia de partido. En cada conflicto laboral no deben preguntarse los trabajadores cuál es la consigna de mi partido sino cuál es el verdadero interés de mi clase. Los mismos trabajadores afiliados a partidos políticos, -lo cual es perfectamente legítimo- debieran influir con energía para que su partido y todos los partidos populares sean auténticos servidores de la causa de los trabajadores. Hoy, en los momentos actuales, creo que toman más vigencia las palabras de don Enrique.

Otro de los testimonios que quiero contarles es la preocupación que tenía don Enrique por la clase trabajadora. Recuerdo que junto al compañero Juan Camus fuimos llamados a integrar, como trabajadores, el Consejo Pastoral de don Enrique. En ese Consejo, don Enrique tenía muchas conversaciones personales con nosotros porque quería imponerse de boca de los propios trabajadores el problema que estaba sucediendo en las fuentes de trabajo, el problema de los sindicatos.

Quiero terminar recalcando que don Enrique fue un hombre de Dios y un hombre de su pueblo y porque se la jugó por la causa de los pobres, supo de persecuciones, amedrentamientos, atentados, vejaciones. Ese sería mi testimonio.

2ª. Semana Teológica 1984

ALBERTO JEREZ HORTA  
Ex Senador

### **Un santo alegre y transparente**

Conocí a don Enrique Alvear cuando, en 1939, ingresé al Seminario Pontificio de Santiago... y tuve la suerte de contarle entre el grupo de nuestros inspectores.

Desde el primer momento don Enrique nos cautivó con su bondad alegre que esparcía sin distancias ni favoritismos. En un comienzo era un poco tímido, pero luego de haber observado cuanto lo querían sus discípulos, se convirtió en un hombre comunicativo. No necesitaba hacerse expresamente presente, para que todos supiéramos que, en él, teníamos un verdadero amigo, siempre a nuestra disposición.

Y eso no era poco mérito ya que, si bien, como curso nos ateníamos a la disciplina y valores éticos y religiosos, a la vez constituíamos un conjunto difícil de manejar, por nuestro excesivo afán de diversión y una cierta tendencia a motejar a superiores y compañeros, en todo lo cual actuábamos con mucho espíritu de cuerpo.

Mirando hacia el pasado, creo percibir como una de las causas de esta actitud un tanto, digamos, eufóricas, la alegría que nos deparaba la vida del Seminario, la calidad humana y moral de nuestros superiores y compañeros y la riqueza de la vida, no sólo religiosa, sino también cultural, artística, intelectual y aun deportiva que recibíamos.



A partir de esa formación, la Iglesia chilena ha sido siempre señera en América Latina, por la calidad de sus sacerdotes y obispos y por el rol tan honroso y determinante que ha jugado, en defensa de valores fundamentales de la comunidad chilena, manteniendo, ante todo, su estilo y características de Iglesia.

Recuerdo que, en aquellos años, uno de los rasgos más acentuados de don Enrique, era el sentido del humor y la alegría que exteriorizaba, siempre que correspondía expresarlos. Se reía a morir de chistes y “tallas”, algunos de los cuales eran a su propia costa. No tenía especiales condiciones para el deporte y, por lo que recuerdo, sus más osadas incursiones en este terreno, no pasaban de intervenir en las pichangas de fútbol, con pelotas de tenis o de trapo que organizábamos en recreos cortos. Con más empeño y regocijo que habilidad, dispensaba a justos y pecadores, temibles mandobles con sus legendarios bototos.

Sabía estar siempre presente donde podía contribuir a la alegría de todos.

Recuerdo que un 21 de mayo, se organizó en el Campo de Deportes, un simulacro de Parada Militar, en los tiempos en que estos “juegos”, reales o ficticios no tenían las connotaciones ominosas y torvas que hoy se revisten. Para que este asunto resultara divertido, había que escoger justamente como Supremo Comandante, a quien pudiera personificar la antítesis de la fuerza, de la imposición, de la fatuidad que muchas veces se cubre de oropeles y entorchados. En síntesis un hombre muy humano, sonriente, bondadoso; más capaz de convencer con el ejemplo que con la autoridad. Y allí tuvimos a Enrique con casco y a caballo haciendo lo imposible por adaptar un talante prusiano y ademanes marciales, lo que nos hacía reír de buena gana.

Resulta fácil percibir en él, las condiciones de un verdadero “hombre de Dios”, lo más parecido a un santo lo que se expresaban en su inagotable devoción y su derroche de equilibrada alegría. *Un santo alegre*. Nos parecía que, de alguna manera, aún sin pretenderlo, nos estaba haciendo una inocente trampa, porque era un hombre corriente, incorporado en todo a nuestra comunidad, pero a la vez, había en su actitud algo que, sin afectación, lo colocaba por encima de todos, como si tuviese una particular comunicación con Dios; con la vida de la Gracia.

En 1942 volví a tenerlo como inspector, pero abandoné el Seminario y me trasladé a vivir a Viña del Mar, por lo que nuestro contacto directo cesó. Años después, en 1973, volví a encontrarme con él, cuando era Obispo Auxiliar de Santiago y tenía a su cargo la Vicaría Oeste, en los días inmediatamente posteriores al golpe militar.

Ustedes saben mejor que yo todo lo que fue capaz de dar por el rebaño que Cristo confiara a su cuidado. He leído con emoción, la acertada reseña que de su persona y estilo de pastor ha escrito monseñor Jorge Hourton y de ella se deduce, con meridiana claridad, que don Enrique llegó a convertirse en una de las imágenes señeras de una Iglesia que, a través de la labor de la Vicaría de la Solidaridad, de la Academia de Humanismo cristiano, de los medios de comunicación, de la Pastoral Obrera, de la labor poblacional y del trabajo de sus vicarías y parroquias y en barrios y poblaciones, emergió como el único refugio de los humillados y perseguidos.

Fueron años terribles para mucha gente y creo que nadie de nosotros ha escapado de sus afectos. Solía visitarlo en Bernal del Mercado o en la parroquia en que vivía, o él iba a mi casa, impulsado por la necesidad de constatar que, en el mundo atroz y desquiciado que estábamos viviendo, a través de la Iglesia y de siervos de Dios como él, se estaba

construyendo una auténtica esperanza, especialmente para los pobres y los más golpeados. Jamás salí defraudado. Diré con palabras simples que, así como los pobres y perseguidos no tendrán como pagar a la Iglesia todo lo que ella ha hecho y ha arriesgado por ellos, en estas terribles circunstancias, la propia Iglesia no tendrá como pagar, que hombres como Enrique Alvear, la hayan servido con tanto coraje y fidelidad, con una entrega de profeta y apóstol, permitiendo que miles y miles volvieran nuevamente sus ojos a Cristo, manteniendo encendida la luz de la esperanza y la dignificación del hombre como criatura de Dios.

Entre lo más grande de este tiempo eclesial, está el que hoy, como obispos o sacerdotes, como religiosos o laicos, con muchísimos como Enrique Alvear, que diariamente entregan su testimonio de heroísmo y solidaridad y que se han convertido en luz del mundo de los pobres.

Compartí con don Enrique dos años de trabajo en la Comisión “Justicia y Paz”, en los años 1980 y 1981. Allí cada uno aportaba sus ideas y temperamento. Él era indomable en la denuncia de la injusticia, e infatigable en la acción cotidiana para ponerle remedio. Con enorme afecto, cuidábamos sus ocasionales y breves pestañadas de sueño, sabiendo que, seguramente la noche anterior la había pasado “en blanco”, siempre dispuesto a acudir a cualquier llamado para proteger a sus ovejas.

Para el solo efecto de establecer la ignorancia o mala fe, conque algunos pretenden desvirtuar el sentido profundamente evangélico y pastoral de la acción de la Iglesia, puedo sostener que don Enrique fue siempre un celoso guardián de su integridad, de la fidelidad a su esencia religiosa y, aun más personalmente, observante de la prudencia que aconseja el Evangelio.

En varias ocasiones, consultó a laicos a los que estimaba idóneos para aconsejarle, por ejemplo acerca de sí determinada persona o grupo de ideología diversa al pensamiento cristiano, eran confiables o idóneos para llevar a cabo, en común con ellos, alguna tarea en el terreno social o sin faltar a la caridad había que precaverse para evitar que la Iglesia, o él mismo, fuesen instrumentalizados con fines políticos o partidistas. Pero él tenía confianza en el ser humano y no miró jamás la ideología o partido de aquel ser humano que requería de su ayuda, pero a la vez cuidaba, con celo, pisar un terreno firme, en materia de coincidencias o convergencias con otros pensamientos o corrientes, para evitar los inconvenientes que se derivan de un mal procedimiento en tales materias, aunque tampoco se dejaba entablar por prejuicios o actitudes timoratas. Tenía un profundo sentido de la necesidad de unión y solidaridad entre los pobres, entre los trabajadores.

La última vez que lo vi, fue el 10 de agosto de 1981 en la Pastoral Obrera. Recuerdo bien la fecha, pues al día siguiente fui expulsado del Chile, conjuntamente con Jaime Castillo, Carlos Briones y Orlando Cantuarias, por colaborar junto al Padre Alfonso Baeza, - el mismo y otros sacerdotes y seglares- en defensa de Manuel Bustos y dirigentes de la Coordinadora Nacional Sindical, injustamente procesados y detenidos.

Ya en el exilio, radicado en Madrid, una carta suya me levantó el ánimo y me reafirmó en muchos de los puntos de vista que él venía sosteniendo en torno a la no-violencia activa. Era tal su preocupación por la suerte de sus hermanos y tal la despreocupación por la suya propia, que esa carta, en ningún momento permite apreciar cuán grave era su estado de salud. *A los pocos días dejaba de existir*

Pero antes, tuve la oportunidad de recibir otra demostración de su nobleza y generosidad de alma. En octubre de 1981, falleció mi madre y pese a mis insistencias, no fui autorizado por el gobierno militar para entrar temporalmente a Chile, y acompañarla en sus últimos momentos. Pero tuve un gran consuelo en que don Enrique me llamara, desde Chile, para expresarme su solidaridad y que aceptara officiar la misa de difuntos. ¿Qué mejor abogado podía encontrar para que representara el caso de mi madre ante Dios? La homilía que pronunció en aquella ocasión es un claro testimonio de la firmeza de don Enrique para condenar la injusticia, pero también de su fe en los seres humanos; en su capacidad de encontrar el camino de la paz y la concordia.

Por todo esto, por todo lo que ustedes lo han conocido mejor y más directamente que yo, he considerado su muerte como una gran desgracia, una irreparable desgracia para la Iglesia, para los pobres y para nuestra sociedad chilena, siempre necesitada de ejemplos como el suyo.

Cuando recuerdo a Monseñor Enrique Alvear, mi espíritu oscila entre la pena y la alegría; entre la tristeza enorme de no tener entre nosotros su calor humano, su mirada luminosa, su testimonio de Dios y la alegría de haber conocido un verdadero santo, a un santo transparente.

2ª. Semana Teológica 1984

CLAUDIO DI GIROLAMO  
Artista

### **“Muchísimos amigos...”**

Yo tengo que aclararles a todos ustedes que no tuve la suerte de conocer muy de cerca de don Enrique, de trabajar con él codo a codo, y por eso que puedo dar un testimonio como cualquiera de todos ustedes que lo conocieron sin tener esa intimidad con él, que ha sido una gracia enorme para muchos de los que están aquí arriba.

Como soy trabajador de la imagen en el arte, quisiera partir lo que voy a decirles desde una imagen, la imagen de un pueblo entero que lleva sobre sus hombros el ataúd de su Pastor, a pie, por las calles de Santiago, hasta llegar a la gruta de Lourdes.

Pienso, conociendo un poco a don Enrique, cuán acholado estaría allá arriba, y si pudiera haber hablado y gritado, como diría: “Por favor, déjenme, no me hagan eso a mí, quién soy yo para que ustedes me hagan eso”. Y lo habría dicho, porque creo que una de las grandes virtudes heroicas de don Enrique fue su humildad.

La simpatía no se da gratis; aquí se ha hablado mucho de la simpatía de don Enrique, yo más bien hablaría de su alegría que dependía un hecho muy simple y muy difícil de vivir. Todos conocemos el Evangelio, en esa parte que dice Cristo “El verdadero amigo es el que da la vida por sus amigos”, y ojo, que dar la vida no es dar la muerte, dar la muerte es a veces más fácil que dar la vida. Dar la vida significa: todos los días, minuto tras minuto, me

guste o no me guste, me sienta bien o me sienta mal, esté de buena o de mala, entregarme o dejarme comer por mis amigos. Como don Enrique tenía muchos amigos, muchísimos, mucho más de cuanto cada uno de nosotros quisiera para sí, fue literalmente comido por sus amigos y esos amigos que lo comieron, como Eucaristía, durante toda su vida, fueron los que lo acompañaron en su último viaje terrenal hasta su última morada. Fueron sus amigos, aquellos conocidos o desconocidos, los que quisieron darle gracias a don Enrique.

¿Por qué tantas gracias? Pienso que don Enrique nos restituyó algo que es muy fundamental en los largos momentos que hemos vivido estos últimos años.

Frente a la dictadura, frente al dolor, frente a la injusticia, a la arbitrariedad uno tiende a ponerse tonto grave, uno tiende a ponerse muy reflexivo, como que la reflexión fuera poner cara de reflexivo: el pensador de Rodin. Reflexionar significa tener una mirada limpia, una mirada transparente, una mirada certera para reconocer los signos de Dios en lo que pasa en nuestro alrededor, sea dolor, amor, odio o alegría; y don Enrique tenía esa mirada certera y eso que se ha dicho mucho aquí. A mí me da un poco de vergüenza hablar porque ha habido gente que ha hablado mucho mejor que yo y mucho más enteramente de don Enrique, pero creo que puedo aportar algo en lo que en mí entregó su figura, su figura de ser humano, antes de ser Obispo, antes de sacerdote fue un gran ser humano que expresaba su cariño y su amor y no tenía vergüenza de expresarlo.

Me parece que estamos enfermos, cristianos o no, de una enfermedad rarísima, de que no nos atrevemos a querer, ni a esperar, ni a demostrar alegría o amor o esperanza. Don Enrique fue capaz de ser elemento transparente para que pasara por él la gracia de Dios hacia nosotros.

De eso debo dar testimonio, le debo dar las gracias a don Enrique, le debo dar las gracias por haberme hecho conocer un santo simpático, y por Dios que era importante, por Dios que es importante. La estereotipa de los santos nos tiene ahogados; la estampa de los santos que miran con ojos en blancos para arriba, entre angelitos en pelota, en nubes doradas, no existe, no existe; Dios es otra cosa, el amor de Dios es otra cosa; se encarnó en su Hijo que sufrió y murió escarnecido en la Cruz por nosotros.

Don Enrique me devolvió algo de la fe perdida en el hombre, algo de la fe perdida en los sacerdotes, algo de la fe perdida en los obispos. Y creo que don Enrique, si algo nos ha dado, es algo que para mí es fundamental en estos momentos: hacernos entender que nuestra lucha para reconquistar la libertad pasa por la justicia y el amor, pasa por algo que reúne todo eso, que pasa por la alegría de servir a Dios, en nuestro hermano más pobre, en los que nos circundan, que nos rodean y sobre todo de que la libertad cuando pasa por la alegría es mucha más libre. Muchas gracias.

2ª. Semana Teológica 1984

FERNANDO CASTILLO  
Teólogo

### **Comunidades eclesiales de base En sectores populares**

Quisiera subrayar algunos aspectos que me parecen muy centrales en la experiencia de las comunidades cristianas de base y que están en relación con aquello que también ha sido una línea central en la Iglesia chilena, como es la opción por los pobres. De este modo quisiera intentar mostrar también cuán estrechadamente relacionadas están ambas cosas; ellas fueron asimismo dos puntos muy importantes y medulares en la pastoral y en la teología de don Enrique. Al subrayar estos aspectos en las comunidades cristianas de base me refiero a la experiencia de estas comunidades, pero también a la potencialidad teológica de esa experiencia, al sentido teológico presente en esa experiencia, aun cuando no siempre aparezca explicitado.

#### **1. ¿De qué base hablamos?**

En primer lugar, me parece que hay un aspecto “semántico” que es importante aclarar cuando se habla de “comunidades eclesiales de base” o de “comunidades cristianas de base”; es decir, es un aspecto que dice relación al significado de las palabras; pero no termina solamente allí, en el nivel de las palabras, sino que es muy decisivo porque tiene que ver con el enfoque que se da a todo el problema; se trata de lo siguiente: cuando hablamos de comunidades cristianas de base en la Iglesia, ¿qué entendemos por “base”?, ¿cuál es esa “base” en la que se sitúan las comunidades?, ¿se trata simple y únicamente de la “base” de la Iglesia, como una organización jerárquica?, o sea, ¿estamos hablando de la “base” solamente en el sentido de aquello que no es “jerarquía”? ¿O se trata más bien de la “base de la sociedad? (en una visión de la sociedad que es diferenciada, esto es, una sociedad en la que hay una base y una cúpula; una cúpula o elite de poderosos y privilegiados y una base que está oprimida y marginada).

Me parece que se puede plantear la misma pregunta en otros términos: al hablar de comunidad de base en la Iglesia ¿estamos hablando única y simplemente de un modo novedoso, progresista de organizar la Iglesia?, ¿o estamos hablando también –quizás en primera línea- de un nuevo modo de “ser” de la Iglesia, de una opción profunda de la Iglesia por la base, que entonces determina su lugar en el mundo, su lugar en la realidad humana social e histórica? Me atrevería a decir que si se trata solamente de lo primero, o sea, de un problema solamente de organización, la pregunta por las comunidades de base tiende a quedar encerrada en la problemática puramente interna de la Iglesia y se reduce finalmente al problema de buscar un equilibrio entre jerarquía y laicos ( se transforma en un problema jurídico). Pero si se trata de lo segundo, es decir si al hablar de comunidades de base, estamos aludiendo en primera línea a la “base” de la sociedad, entonces nos encontramos ante una experiencia de Iglesia que dice relación con la identidad misma de la Iglesia, y con su lugar en el mundo (como dos aspectos que son indisolubles). Esto es, se

trata de una respuesta concreta a los grandes interrogantes y a las grandes tareas que se planteó la eclesiología del Concilio Vaticano II y que en América Latina fueron asumidas en las Conferencias Episcopales de Medellín y de Puebla.

Me parece que es necesario advertir que en la Iglesia Latinoamericana se han dado estas dos interpretaciones a que aludimos, tanto en el nivel de la práctica, como en el de la reflexión teológica-pastoral; me parece que estas interpretaciones están en la raíz de controversias muy centrales en la Iglesia hoy. Pero me parece también bastante claro que, al poner las comunidades de base en el contexto de la opción por los pobres –como línea central de la Iglesia- nos estamos colocando en una perspectiva en la que hablar de “comunidad de base” es al mismo tiempo hablar ya de una opción de la Iglesia dentro de la sociedad: una opción por los sectores que son la base de la sociedad, los sectores oprimidos y marginados.

Por eso que esta perspectiva, no resulta una sorpresa, ni una casualidad, ni una simple coincidencia que las comunidades de base surjan y se desarrollen en América Latina –y particularmente en Chile- con más fuerza y vitalidad precisamente en esos sectores sociales, es decir, entre las clases más pobres y desplazadas, entre los campesinos, entre los pobladores y los trabajadores.

De igual modo, desde esta perspectiva se entiende que las comunidades de base sean para la Iglesia una promesa y un desafío; que sean expresión de la conversión de la Iglesia ante los pobres, como dice Puebla (Nº 1147), y que sean también conflictivas, que despierten tensiones en la Iglesia, en un sentido cuestionador y creador.

## **2. “Dios escogió lo débil del mundo...”**

Con lo anterior estamos ante un aspecto que interesa subrayar especialmente: en esta perspectiva que hemos indicado, se entiende que las comunidades cristianas base sean una realidad en la que se va haciendo real y efectiva la opción de la Iglesia por los pobres, es decir, se va gestando una relación nueva y estrecha de la Iglesia con la base de la sociedad, con los sectores sociales pobres, explotados y privados de sus derechos; una relación estrecha entre Iglesia y Pueblo, entre Iglesia y Realidad Popular. Esta opción por los pobres señala un lugar de la Iglesia en el mundo; aquella inquietud tan central para el Concilio Vaticano II (situar la Iglesia en el mundo actual), se ha ido especificando y concretando en nuestra realidad latinoamericana, al tomar conciencia de que este mundo actual donde debe situarse la Iglesia en un mundo desgarrado por desigualdades, por conflictos, por injusticias, por la opresión y la explotación; y al tomar conciencia entonces de que el lugar de la Iglesia en el mundo no está por encima de esos conflictos, ni más allá de ellos, sino que está al lado de los pobres y de los débiles. Es tomar conciencia de que el lugar de la Iglesia está entre los pobres; es esto lo que se va haciendo realidad en las comunidades cristianas de base: una Iglesia que ya no es más simplemente Iglesia “para” los pobres, que ya no es “proteccionista”, sino que por su encarnación en comunidades de base, por su encarnación en la base de la sociedad, va siendo una Iglesia profundamente solidaria con la realidad popular. En las comunidades de base va emergiendo una Iglesia que no es una isla ni un ghetto en la realidad popular, sino que va compartiendo la vida concreta de los pobres; va compartiendo sus angustias, su suerte, su esperanza porque es parte integrante de

ese pueblo pobre. Es decir, se trata de una Iglesia que a través de las comunidades de base se va identificando con ese pueblo pobre y va adquiriendo entonces un nuevo rostro, una nueva identidad social, lo que tiene también importantes consecuencias para su identidad teológica.

Ser parte de este pueblo pobre y oprimido es también –como ya sabemos- compartir la debilidad, los sufrimientos y las tribulaciones de este pueblo. Entonces no es una casualidad que esta Iglesia de las comunidades de base sea también una Iglesia que sufre en carne propia la opresión, la persecución, las hostilidades de los poderosos. Es una Iglesia cuyo carácter liberador pasa por asumir esa debilidad de los pobres como propia. “Dios ha escogido lo débil del mundo para confundir lo fuerte...” (1 Cor.1, 27).

### **3. La presencia de los pobres en la Iglesia**

Por ser concreción de una opción real por los pobres, por ser parte del mundo de los pobres, las comunidades de base son también expresión de una nueva presencia de los pobres en la Iglesia. Algunos teólogos latinoamericanos han hablado de esto como “irrupción” de los pobres en la Iglesia. Se podría hablar también de una “opción de los pobres por la Iglesia” o, como lo hace el documento de Puebla, del papel “evangelizador” que tienen los pobres frente a la Iglesia. El hecho es que en las comunidades cristianas de base los pobres están presentes en la Iglesia como actores, como sujeto activo, no como espectadores, no pasivamente, no solamente como un receptor. Esto es muy decisivo porque el que los pobres no estén en la Iglesia como “oyentes” y “enseñados” significa que esta irrupción de los pobres consiste en que ellos van articulando y expresando su propia voz en la Iglesia, van diciendo allí su propia palabra, van haciendo presente en la Iglesia su propia realidad popular. Así la vida concreta del pueblo secularmente marginado y privado de derechos (hasta del derecho de tener expresión propia), empieza a hacerse presente en la Iglesia. Eso significa colocar en el centro de la Iglesia los problemas de este pueblo pobre, sus urgencias, sus sufrimientos, sus prioridades. Significa entonces colocar a la Iglesia el desafío y la exigencia de que esos sean los problemas, las prioridades y los criterios de la propia Iglesia.

Irrupción de los pobres significa que ellos entran con su propio lenguaje, con su cultura, con su vida cotidiana, con sus esperanzas y sus experiencias de lucha. Esto es renovador y es fuente de una nueva vitalidad en la Iglesia. Pero también es incómodo; es conflictivo, desusado y desequilibrante; rompe armonías y conciliaciones aparentes que se habían mantenido durante siglos, porque estos pobres que irrumpen con su palabra dentro de la Iglesia son precisamente la expresión de la desarmonía y el desorden imperante en el mundo. Los pobres reales, en la medida en que irrumpen con su propia palabra en la Iglesia, no permiten que se oculte con palabras bellas la injusticia y la violencia que está aplastando al pobre. Por eso, me parece que aquí está uno de los aspectos que más difícilmente es aceptado en la experiencia de las comunidades de base en América Latina: que los pobres lleguen a ser sujetos protagónicos, que lleguen a ser actor principal en la Iglesia, que la Iglesia hable su propio lenguaje y tenga como propios sus problemas, etc. Es uno de los puntos donde han surgido sospechas de “horizontalismo”, de “reducción” de la

fe, de que está “politilizando” indebidamente la fe, de que se está haciendo la Iglesia “paralela”, etc.

Es también uno de los puntos donde no sólo hay reticencias y sospechas teóricas, teológicas, sino además resistencias prácticas que tratan de que la opción por los pobres no implique un cambio demasiado fuerte y radical en la Iglesia; resistencia que buscan lograr que el pobre entre a la Iglesia, pero neutralizado, dejando sus problemas, su lenguaje y su vida “afuera”; que entre en la Iglesia solamente para “rezar”. Cuando tomamos conciencia de que estos conflictos y resistencias frente a los pobres, valoramos una vez más el aporte y la actitud de don Enrique. El impulsó muy vigorosamente la vida de las comunidades y su inserción real en el pueblo pobre; impulsó una opción radical por los pobres; y nunca cedió al temor, a la pusilanimidad teológica o pastoral.

#### **4. Un pueblo que es Iglesia**

Irrupción como actores, implica que los pobres están en la Iglesia no ya como una “clientela” religiosa, ni como una masa indiferenciada, sino como un pueblo. Me atrevería a afirmar que esa presencia de los pobres como pueblo en la Iglesia, es condición para que la Iglesia sea efectivamente (y no sólo verbalmente) “Pueblo de Dios”. Las comunidades son eso. Son pueblo que es Iglesia; pueblo convocado por Dios, reunido por Dios en Iglesia, pueblo que se pone en movimiento, como Iglesia, en el seguimiento de Jesús. Ello significa que las comunidades están reunidas en la fe en que Jesús de Nazareth es el Cristo de Dios; confesar esto no es simplemente una palabra, no es simplemente adherir a una frase, sino que es colocarse en la línea del seguimiento de Jesús, en la línea de la práctica liberadora de Jesús. Eso es parte de la experiencia de las comunidades y es parte también del potencial de esa experiencia y de la exigencia que se pone a ellas. El seguimiento de Jesús es anuncio liberador a los pobres; esto es, los mismos pobres son los portadores de la Buena Noticia de la liberación, ellos mismos evangelizan. El anuncio a los pobres es uno de los signos de la práctica mesiánica liberadora de Jesús; cuando los discípulos de Juan Bautista van a preguntar a Jesús si él es el Mesías Liberador, su respuesta señala que “los pobres reciben la Buena Noticia”, como uno de los signos de que ya está en marcha la práctica liberadora del Reino.

Es seguimiento que anuncia también la muerte de Jesús, no sólo como un hecho del pasado, ni menos aún como un recuerdo lejano, sino como un hecho de significación actual. Es anunciar un Cristo crucificado, perseguido y conflictivo. Un Cristo que sigue siendo crucificado hoy en la pasión del pobre. Esto, que es parte de la experiencia de fe de muchas comunidades cristianas, ha tenido aquí en Santiago una expresión privilegiada, durante varios años ya, en un “Vía crucis” que se realiza en Viernes Santo y en el cual se expresa justamente esto: la cercanía y la relación entre Cristo crucificado y el pobre crucificado.

Es anuncia también de un Cristo resucitado. Es anuncio de la vida que afirma Dios más allá de la muerte y por sobre la muerte. Es anuncio de que Dios quiere la vida, y por eso es anuncio de que Dios exige que se respete el derecho a la vida. Me parece que eso ha sido una parte muy rica de la experiencia de muchas comunidades que han ido haciendo un camino de maduración y profundización en la defensa del derecho a la vida, esto es, de los derechos humanos.



## 5. Comunidades, signos del Reino

Quisiera subrayar por último, que en su seguimiento de Cristo, las comunidades van siendo un signo concreto del Reino en medio del pueblo pobre; en la realidad popular las comunidades están llamadas a ser signos del Reino, es decir, de algo que aún no es realidad y que alimenta la esperanza de liberación. Se puede constatar con facilidad que el tema del Reino, el lenguaje del Reino, la pregunta por su construcción, por sus valores, etc., configuran una problemática central en las comunidades, una preocupación permanente de ellas. Pero más allá de eso hay otras cosas. Evidentemente “hablar” del Reino no quiere decir ser “signo” del Reino. Las comunidades de base son signo del Reino en medio del Pueblo en la medida en que en ellas aparece algo de esa realidad nueva que es el Reino, es decir, en la medida en que en ellas aparece algo de la anticipación del Reino. Esto que podría aparecer como algo inalcanzable y lejano quizás, para quien tenga una concepción puramente utópica del Reino, ha sido sin embargo, realidad en alguna medida. Evidentemente, ha sido realidad en nuestras comunidades con opacidades y deficiencias innegables; pero ello no impide que, con todo, las comunidades de base hayan sido signo de una realidad nueva en medio de una realidad popular caracterizada por el silencio impuesto al pueblo. Las comunidades cristianas han sido un lugar donde se podía hablar, donde era posible expresarse, donde ese pueblo podía contar sus experiencias y podía ir articulando una palabra de esperanza, en medio de una realidad popular marcada por el autoritarismo, por el individualismo extremo inducido desde arriba.

Las comunidades cristianas han sido espacios en los que, de alguna manera, ha brillado algo distinto, ha brillado algo que es participación, igualdad, afirmación de los derechos humanos, fraternidad, práctica de compartir, es decir, una realidad muy radicalmente distinta a la realidad que se estaba tratando de imponer desde arriba al pueblo pobre y oprimido. Me parece que eso es ser concretamente “signo del Reino” hoy, en una realidad de opresión. Ser signo del Reino ciertamente que no es un monopolio, una exclusividad de las comunidades cristianas de base; ha habido y hay otros signos. Pero ello no quita que sea un aporte efectivo de esta evangelización que las comunidades de base están haciendo entre los pobres, en la base de la sociedad.

2ª. Semana Teológica 1984  
 LUISA TOLEDO  
**Comunidad “Cristo Liberador”**  
**Villa Francia**

### **Desde una Comunidad de Base**

La experiencia vivida durante estos últimos diez años en una Comunidad Cristiana de Base ha sido para mí un vuelco en mi existencia, un paso de una vida dulcemente entregada a un Dios, mi Dios, complaciente, poco exigente, guardado en la intimidad de mi corazón, lleno de barreras de seguridad (por ejemplo, yo creía firmemente que el paso por el Mar

Rajo del pueblo de Israel había sido con estas inmensas murallas de agua; con la comunidad descubrí que no era así; fue doloroso, pero a la vez salí fortalecida, ya que me di cuenta que Dios siempre está con un pueblo que busca su liberación); a una vida comprometida con el mensaje de Jesús, con el quehacer de Jesús (por supuesto con los altos y bajos correspondientes).

Me vi enfrentada en la Comunidad a la reflexión descarnada de nuestros problemas de pueblo explotado y sufriente:

- Enfrentada a un joven padre que en una reunión en Semana Santa nos contó que su Familia había sido asesinada en Rinconada de Maipú y que ante el temor –casi seguridad- de que él y su compañera iban a correr la misma suerte, nos ofreció a su hijo pequeño, encomendándonos su cuidado... al poco tiempo fueron asesinados.
- Enfrentada ante el hermoso gesto de una matrimonio (Zulemita y don Enrique) que Después de vivir muchos años juntos y haber tenido varios hijos, descubrieron la importancia y fuerza del sacramento del matrimonio y decidieron darse el sacramento... Y su partida después en una carreta llena de hojas verdes y ramas por toda la población.
- Enfrentada a un gesto muy grande de amor de una mujer que teniendo su marido desaparecido participó en la Gran Huelga de Hambre de los familiares de detenidos desaparecidos, dejando a sus hijos solos... pero con la seguridad que le daba la Comunidad.

Y en este caminar aprendí a convencerme de que somos el pueblo –creyentes o no creyentes- los que debemos buscar la solución a nuestros problemas.

Aprendí en Comunidad que este compromiso con el mensaje de Jesús es una cuestión peligrosa: Tres de nuestros miembros de la Comunidad fueron detenidos en el año y hasta la fecha están desaparecidos... Muchos fueron encarcelados (incluyendo a nuestro “asesor”, al Padre Mariano Puga)... Muchos perdieron sus trabajos, sus lugares de estudio.

Aprendí en Comunidad a reconocer en el otro a mi hermano y, más aún, a Cristo mismo en él. Por lo tanto, el problema de la cesantía, la prostitución, la deserción escolar; el problema de nuestra juventud frustrada, sin salidas, mano de obra barata; el problema de la drogadicción; de los allegados, etc..., no son ya más una cuestión de porcentajes a denunciar, sino rostros concretos (es Juanito, es Inés, es el Chamullo...) con sus risas, con sus llantos, con su desesperación, con su frustración, metidos en la retina. Y el mismo Cristo sufriente pidiéndonos definiciones frente a estas injusticias..., una denuncia valiente y oportuna; una solidaridad no sólo con los más pobres..., sino también con los más perseguidos. Un compromiso con nuestro pueblo y con sus luchas...

He aprendido a “orar en Comunidad”..., una oración comprometida, (por ejemplo, antes de salir a un 1º de mayo nos juntábamos y rezábamos nuestra salida..., le ofrecíamos al Señor nuestro riesgo y nuestro temor).

He aprendido a recibir con humildad (a veces no) las críticas de mis hermanos. Y he tratado de criticar sin herir (a veces no).

Esto ha sido para mí la Comunidad Cristiana..., un grupo humano que en un momento (los años más difíciles) cuando nadie se atrevía a nada, hablaba sin temor, denunciaba; y anunciaba el mensaje de Jesús con fuerza... Fue en un momento lo único que había en el sector, no más organización, todo pasaba por la Comunidad. Pero, llegó un momento (año

1980) en que empezó a florecer el movimiento de los trabajadores, sus organizaciones propias y autónomas... Y, para mí aquí la Comunidad dio sus mejores frutos, ya que muchos cristianos se comprometieron en este movimiento, con las organizaciones nacientes..., pero no todos lo comprendieron así y hubo problemas, hubo un quiebre, que seguramente será superado, pero que por el momento todavía la Comunidad no asume bien.

2ª. Semana Teológica 1984  
MONSEÑOR JORGE HOURTON

**“Ni está tan lejos, ni hay tal vacío”**

Queridos hermanos, hermanas, debemos concluir. A los dos años de la partida de monseñor Enrique Alvear, ha mostrado que el círculo de sus amigos permanece fiel a su recuerdo y esmerado en seguir sacando a luz para toda la Iglesia la gran riqueza de su vida, de su acción, de su espiritualidad y de su riquísimo aporte a la Iglesia chilena.

La Fundación Obispo Enrique Alvear Urrutia se alegra de haber interpretado este cariño por don Enrique que hemos sentido tan patente, tan vivo en ustedes en estos días.

En unión con la Vicaría de la Zona Oeste, la Vicaría de la Solidaridad, la Vicaría de la Pastoral Obrera y la Academia de Humanismo Cristiano; todas instituciones de la Iglesia de Santiago, a las cuales creo que es justo agregar la familia de Oscar Alvear, su hermano, nos proponemos seguir esforzándonos para publicar los testimonios que se han dado en estos días.

Comprobamos que han sido de una riqueza excepcional y muy aptos para ser comunicados a toda la Iglesia de Chile y aun de América Latina, para que otros se unan a nosotros en este bendecir al Padre de los cielos por este regalo tan grande que hizo a su pueblo.

Desde su aparente alejamiento, Enrique nos ha vuelto a hablar en estos días y ha desmentido, con su típica picardía tan discreta, la sensación que muchos tenemos a veces de que ha dejado tras sí un gran vacío.

¡Animo, hermanos! Ni está tan lejos ni hay tal gran vacío; en este mismo lugar en que lo recordamos el año pasado, mientras escuchábamos estas excelentes reflexiones y los emotivos y hermosos testimonios, ¿no era acaso el espíritu de Enrique el que fundía nuestros corazones en una común alabanza a Dios por habernos permitido estar tan cerca de un santo?

¿No es un regalo continuado que nos hace Enrique a convocar a tantos, y de toda condición variada, para celebrar su memoria con una reflexión teológico-pastoral de altísimo nivel y de fecunda proyección, que pone de relieve los temas más claves de nuestro momento histórico-ecclesial y popular?

Gracias, Enrique, bendito seas por lo que nos has dado y por lo que nos seguirás dando todavía mientras tu memoria permanece en bendición en el Pueblo y en tus amigos que tanto serviste y amaste.

.....

